

SE PUBLICA SEPTIEMBRE

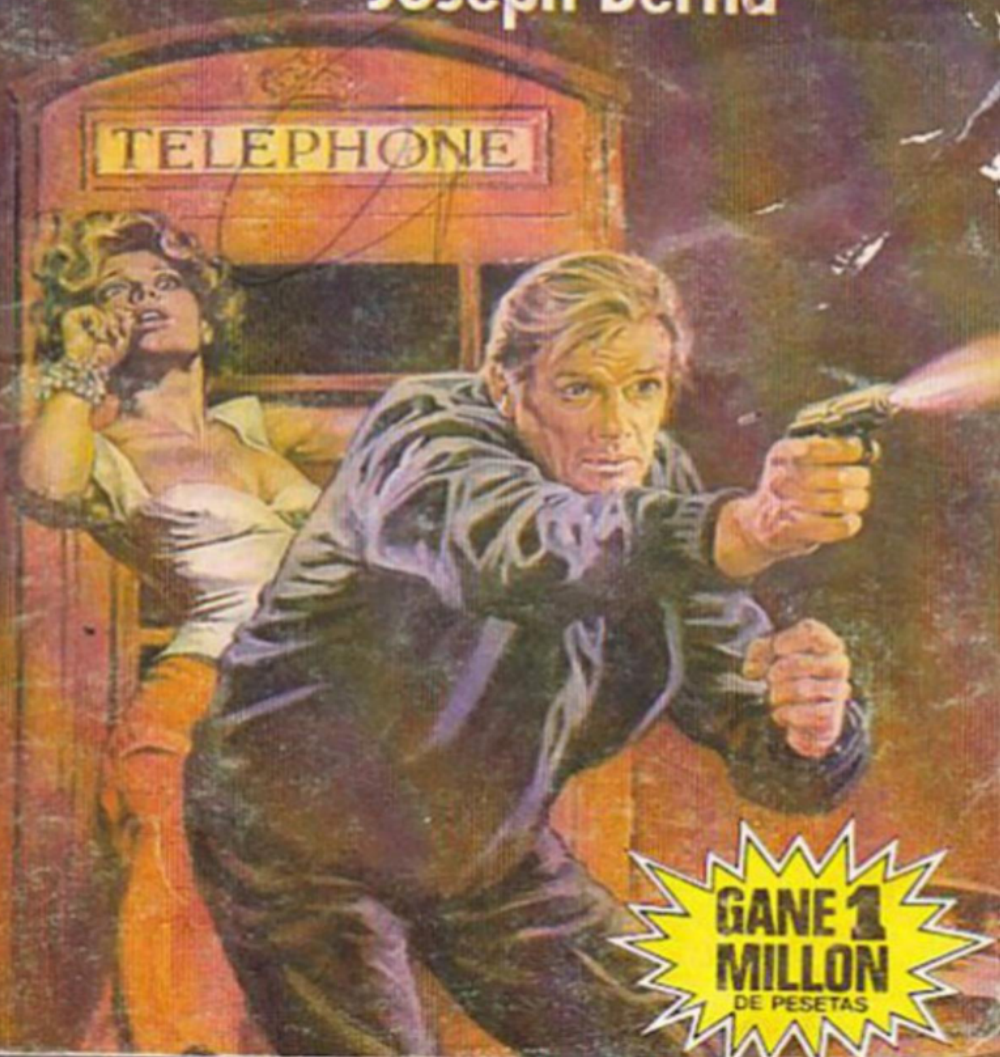
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

GENOCIDIO EN NEGRO

Joseph Berna



**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS

GENOCIDIO EN NEGRO

JOSEPH BERNA

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.793
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO



**SERVICIO
SECRETO**



1ª edición en España: abril. 1985
1ª edición en América: octubre, 1985
Concedidos derechos exclusivos a favor de
Editorial Bruguera. S. A.
Camps y Fabrés. 5. 08006
Barcelona (España)

© Joseph Berna 1985 texto
© Norma 1985 cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España Printed in Spain
ISBN 84 02 02513 7
Depósito legal: B. 9.415-1985
Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152, km 21,650.
Parets del Vallés
(Barcelona) 1985

CAPÍTULO PRIMERO

EL Dodge oscuro se detuvo frente al 234 de Alpine Street.

Dos hombres descendieron del vehículo.

Bob Rexton, el más joven, tenía veintiocho años, era moreno y poseía una fuerte constitución física. Tenía las facciones agradables y medía 1,85 de estatura.

Terry Porter, su compañero, era aún más alto y más corpulento que él. Alcanzaba casi los dos metros de estatura y pesaba ciento cinco kilos. Tenía el pelo rubio y las facciones rudas, aunque simpáticas.

Se detuvieron ambos un instante en la acera y observaron el edificio que ya tenía sus años.

—Vamos. Terry —dijo Rexton, caminando hacia el portal.

Porter le siguió.

Penetraron en él y miraron los buzones.

En el correspondiente al apartamento 12-C, podía leerse: Mike Lamb.

Era el hombre que buscaban.

Rexton y Porter cambiaron una mirada.

—La información era correcta, Terry.

—Sí, no nos engañaron.

—Subamos.

El viejo edificio no disponía de ascensor, así que no tuvieron más remedio que recurrir a las escaleras. Afortunadamente, el apartamento de Mike Lamb se hallaba ubicado en la tercera planta y el número de peldaños que tuvieron que subir no resultó excesivo.

Ya en la tercera planta, Bob Rexton pegó su oído a la puerta del 12-C y lo mantuvo un par de minutos así.

Terry Porter, impaciente, preguntó en voz baja:

—¿Está el pájaro en la jaula, Bob?

—Sí.

—¿Solo?

—No.

—Con una mujer, ¿eh?

—Sí.

—De color, seguro.

—Lo sabremos cuando entremos.

Rexton retiró su oído de la puerta, se llevó la mano al cinturón, y empuñó su 38 especial. Su compañero le imitó, empuñando también su arma reglamentaria.

—¿Listo, Terry?

—Cuando quieras, Bob.

—Utiliza tu ganzúa particular.

—Encantado.

Porter, que contaba treinta y tres años de edad, tomó impulso y cargó contra la puerta con su hombro derecho, haciendo saltar el cerrojo a la primera.

La puerta se abrió de golpe, con estrépito, y el musculoso rubio irrumpió en el apartamento como un ciclón, llevado de su impulso. Tras él, entró Bob Rexton, quien inmediatamente apuntó hacia la cama con su arma, porque allí estaba Mike Lamb, pasándolo bien con la mujer que le acompañaba.

—¡Quieto, Lamb! —ordenó Bob.

Terry le apuntó también con su revólver.

—¡Si te mueves, eres hombre muerto!

Mike Lamb, que había dado un fuerte respingo, se quedó muy quieto al verse encañonado por un par de pistolas. Era un tipo fornido, de unos treinta y cinco años de edad, pelo negro y rizado, facciones duras, no demasiado agradables.

La chica que estaba con él había dado un grito, asustada, pero también ella se quedó quieta. Era, efectivamente, una mujer de color, joven y bastante atractiva.

La sábana los cubría a los dos solamente hasta la cintura, por lo que los achocolatados senos de la fémina, redondos y hermosos, quedaron descaradamente exhibidos.

Los ojos de Bob Rexton se posaron un instante en ellos, pero enseguida volvieron a quedar pendientes de Mike Lamb, porque era un tipo muy peligroso y no se podían fiar un pelo de él.

Terry Porter contempló también los atractivos senos de la negra y murmuró:

—Qué par de domingas...

La chica alargó la mano y tiró de la sábana, cubriendo sus pechos.

—¿Qué significa esto, Mike...? ¿Quiénes son esos tipos...? —preguntó.

—No tengo la menor idea —rezongó Lamb.

—¿No los conoces?

—Es la primera vez que los veo.

—Pues ellos sí te conocen a ti...

—Eso parece.

Bob Rexton informó:

—Somos del FBI, Lamb.

El tipo no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Del FBI...?

—Eso he dicho.

—¿Y qué quiere el FBI de mí?

—Saber lo que haces con las chicas negras después de acostarte con ellas —respondió Terry Porter.

—No entiendo.

—Desaparecen, Lamb —habló de nuevo Rexton. —¿Que desaparecen...?

—Sin dejar el menor rastro.

—Eso no es posible.

Bob Rexton miró a la compañera de Mike Lamb, aunque sin perder de vista a éste.

—¿Cómo te llamas tú, preciosidad?

—Coretta — respondió la chica.

—¿Coretta qué?

—Birney; Coretta Birney.

—¿Por qué estás aquí con Lamb?

La negra vaciló.

—Me gusta su compañía.

—La compañía de una rata como Lamb no puede gustarle a nadie — replicó Porter.

—¡Eh, sin insultar, rubio! —barbotó el tipo, apuntándole con el dedo.

—Conocemos tus antecedentes, amigo.

Lamb se calló.

Rexton siguió interrogando a la mujer de color.

—Te ofreció dinero, ¿verdad?

La chica vaciló de nuevo.

—Sí, me lo ofreció —confesó, bajando la mirada.

—¿Cuánto?

—Cincuenta dólares.

Rexton volvió a clavar sus ojos en el tipo.

—¿Cuánto esperabas obtener por ella, Lamb?

—No sé de qué me hablas.

—De trata de negras.

—¡Estás loco!

—Las vendes, Lamb.

—¡Eso es mentira!

—¿Qué haces con ellas, entonces? ¿Por qué desaparecen de Nueva York sin dejar pista alguna?

—¡Yo no hago nada! ¡Me acuesto con ellas, les pago y se largan!

Porter intervino:

—¿Por qué las eliges negras, Lamb?

—¡También me acuesto con mujeres blancas!

—Muy raras veces.

—¡Cuando me apetece!

Rexton tomó de nuevo la palabra:

—A ti te van las morenitas, Lamb. Y queremos saber por qué.

—Son más ardientes —masculló el tipo—. Se entregan completamente al acto del amor y gozan de verdad. Las fulanas blancas fingen el placer, no lo sienten. Por eso prefiero a las negras.

—Confiesa que haces negocio con ellas.

—¡No es verdad!

—Entonces, es que las matas, para no tener que pagarles.

—¿Matarlas...? ¡Qué disparate!

Coretta Birney empezó a tomarle miedo a Mike Lamb y se apartó instintivamente de él.

—Yo quiero marcharme —dijo.

—¡Cállate! —ladró Lamb, mirándola furiosamente.

La negra se distanció un poco más de él y casi se cae de la cama.

—Quiero irme —insistió, mirando a la pareja de agentes—, ¿Puedo hacerlo?

—Sí, preciosa —respondió Rexton— A ti no te necesitamos para nada. Es al cerdo de Lamb a quien queremos.

Coretta salió de debajo de la sábana, completamente desnuda.

Poseía un cuerpo magnífico.

Era un auténtico recreo para la vista, y la pareja de agentes del FBI no pudieron resistir la tentación de contemplarla antes de que empezara a vestirse.

Mike Lamb se dijo que ahora tenía la oportunidad de sorprender a los agentes y metió velozmente la mano bajo la almohada, empuñando la pistola automática que ocultaba allí.

Rexton descubrió su acción y gritó:

—¡Cuidado, Terry!

Porter, que se hallaba más próximo a la cama que él, se arrojó como una fiera sobre el tipo. La cama no resistió el impacto de sus ciento y pico de kilos y se desmoronó, crujiendo lastimosamente.

Lamb y el agente se hundieron con ella, mientras Coretta Birney chillaba, todavía en cueros.

Afortunadamente, Porter había aferrado el brazo derecho de Lamb a

tiempo y el tipo, aunque efectuó un par de disparos, no hirió a nadie, ya que ambos proyectiles se incrustaron en el techo.

Rexton acudió en ayuda de su compañero, pero cuando vio que éste obligaba a Lamb a soltar la pista la se limitó a recoger el arma y dejó que Porter se encargara del tipo.

El rubio se bastaba y se sobraba para quitarle las ganas de intentar sorprenderlos de nuevo.

Capítulo II

EFFECTIVAMENTE, Terry Porter le atizó duro a Mike Lamb.

Un Mike Lamb desnudo como un gusano, pues ni siquiera llevaba slip.

Toda su ropa, como la de Coretta Birney, yacía tirada por el suelo, y como la sábana ya no lo cubría, peleaba con el agente del FBI en cueros vivos.

Lamb hizo lo imposible por imponerse a Porter, pero éste, aparte de ser más corpulento y pegar más duro, era más diestro peleando y le propinó un severo castigo.

Bob Rexton miró un instante a la chica de color, que se había quedado como paralizada contemplando la pelea.

—¿Por qué no te vistes, morenita? Vas a resfriarte como sigas en traje de Eva... —dijo con ironía.

Coretta reaccionó y recogió sus frívolas braguitas, colocándose las en un santiamén. Después, se puso la blusa y se enfundó el ceñido pantalón verde. Metió los pies en los zapatos, atrapó su bolso, y preguntó:

—¿Puedo irme, agente?

—Sí, guapa —autorizó Rexton—. Aunque me gustaría que me dices tu dirección, por si tuviéramos necesidad de hacerte algunas preguntas.

La chica se la dio sin vacilar y después abandonó el apartamento, no sin antes echar una última mirada a Mike Lamb, que seguía recibiendo golpes de Terry Porter.

Cuando Coretta cerró la puerta, aunque no totalmente, porque no se podía, Bob Rexton dijo:

—Déjalo ya, Terry. Tiene más que suficiente.

El rubio interrumpió el castigo y se irguió, rezongando:

—Es un gusano traidor.

—Ya lo sé, pero tememos que seguir interrogándolo.

Mike Lamb quedó tendido en el suelo, aturdido por los duros golpes de Terry Porter.

—¿Y la negra...? —preguntó el rubio.

—Se largó —respondió Rexton.

—Estaba imponente, ¿eh?

—Desde luego. Y por fijarnos en sus exuberantes formas casi nos

dejamos sorprender por Lamb.

—No le di tiempo a nada, ya lo viste.

—A lo mejor te denuncia por haberle roto la cama —sonrió Rexton.

—La cabeza tenía que haberle roto, por puerco —masculló Porter.

—Bueno, poco ha faltado.

—¿Lo reanimas tú o lo reanimo yo?

—Yo lo haré. Tú, mientras tanto, regístralo todo. Quizá encuentres algo interesante.

—De acuerdo —respondió el rubio, y empezó por revisar los cajones de la cómoda.

Rexton se había guardado la pistola de Lamb en el bolsillo izquierdo de la chaqueta, pero seguía empuñando su 38 en la diestra. Se acercó al tipo y le tocó las costillas con la punta del zapato.

—Eh, Lamb.

Este no se movió.

Ni siquiera abrió los ojos.

Sobre la mesilla de noche se veía una jarra llena de agua y un vaso vacío. Rexton tomó la jarra y la vació totalmente sobre la cara del tipo.

Mike Lamb se puso a toser como una mula aquejada de bronquitis.

Bob Rexton dejó la jarra en la mesilla. Luego, con la punta del pie, recogió el slip del tipo y lo lanzó sobre su vientre.

—Cubre tus vergüenzas, Lamb.

Este tomó el slip y se lo puso, sin levantarse, porque no podía.

La paliza le había dejado sin fuerzas.

—Fue un error echar mano de tu pistola, Lamb —dijo Rexton.

—Vete al infierno —masculló el tipo.

—Bueno, en realidad fue tu segundo error. El primero fue negar que hicieras algo con las negritas después de divertirte con ellas. Si hubieras confesado...

—No tengo nada que confesar.

—No quieres hablar, ¿eh?

—Yo no sé nada de negras desaparecidas. Ni las he vendido, ni las he matado, ni las tengo secuestradas. Si yo me dedicara a la trata de mujeres, las elegiría blancas, porque se pagan mucho mejor que las negras. Y vosotros lo sabéis.

—Sí, eso es cierto —reconoció Rexton—, Pero hay hombres que prefieren los cuerpos de ébano, cuando son jóvenes y hermosos, como el de Coretta Birney. Y también hay mujeres que prefieren ser poseídas por un negro joven y musculoso—. Pagan lo que sea por ver satisfecho su deseo.

Mike Lamb entornó los ojos.

—¿Por qué has mencionado lo de las mujeres blancas y los hombres

de raza negra?

—Porque también están desapareciendo hombres de color, Lamb.

—¿En serio...?

—¿Te pillas de sorpresa, Lamb?

—Desde luego.

—Tampoco sabes nada, ¿eh?

—¿Qué iba a saber? ¿O es que también me vais a culpar a mí de la desaparición de los varones negros...?

—¿Por qué no? El que se dedica a la trata de negras, también puede dedicarse a la trata de negros.

—¡Pero es que yo no me dedico a la trata de negras! —gritó Lamb, enfurecido—. ¿En qué idioma queréis que os lo diga...?

—Intentaste liquidarnos.

—¡No es verdad!

—¿Para qué empuñaste la pistola, para mostrárnosla...?

—¡Quería obligaros a que arrojarais las vuestras! ¡Sólo eso, lo juro por mi madre!

—Efectuaste dos disparos, Lamb.

—¡Porque sabía que no le iba a dar a nadie! ¡Tu compañero me sujetaba el brazo y mantenía el arma desviada!

Bob Rexton esbozó una sonrisa.

—Eres un maldito embustero, Lamb.

—Lo he jurado por mi madre, ¿no?

—Porque está muerta.

—¿De veras...?

—¿No lo sabías?

Mike Lamb movió la cabeza.

—Es la primera noticia que tengo.

—Te acompañé en el sentimiento, pues.

—Gracias.

—Bueno, basta de broma.

—¿No es verdad lo de la muerte de mi madre...? —Ni siquiera sé si tienes madre.

—Todos tenemos una madre, ¿no?

—Sí, claro —asintió Rexton—, Y un padre, también. Aunque hay quien tiene cincuenta padres.

—¿Es una indirecta?

—¿Tú qué crees?

—No me gusta que se metan con mi madre.

—Dios me libre de hacerlo. Seguro que es una santa. Pero tú, desde luego, eres un grandísimo hijo de perra. ¿Estás de acuerdo, Terry? —preguntó Rexton, sin mirar a su compañero, que continuaba

revolviéndolo todo.

—Completamente —respondió Porter.

Mike Lamb los maldijo a los dos, pero con el pensamiento, porque de palabra no replicó.

—¿Has encontrado algo, Terry?

—Nada, Bob.

—Sigue buscando.

—Bien.

Lamb rompió su silencio.

—¿Qué esperáis encontrar?

—Algo que nos demuestre que estás relacionado con la desaparición de varios hombres y mujeres de raza negra —respondió Rexton.

—¡Que me muera de repente si tengo algo que ver en eso! —exclamó Lamb.

—No se perdería mucho.

—¡Soy inocente, lo juro! ¡He cometido otros delitos, pero jamás he traficado con mujeres de color! ¡Y menos aún con hombres! ¡No soy ningún negrero!

—Y a veremos.

—¡Estáis perdiendo estúpidamente vuestro tiempo! ¡No encontraréis ninguna prueba contra mí!

—Aunque no la encontremos, te llevaremos con nosotros y te meteremos entre rejas.

Mike Lamb respingó.

—¿Me vais a encerrar...?

—¿Qué esperabas, Lamb?

—¡No podéis arrestarme sin pruebas!

—¿Olvidas que empuñaste tu pistola y disparaste contra nosotros? ¿Contra dos agentes del FBI...?

—¡Ya expliqué por qué lo hice!

—Sí, pero no te creímos.

Lamb, viéndose perdido, propuso:

—Hagamos un trato, muchachos.

—¿Qué clase de trato? —preguntó Rexton.

—Vosotros no me arrestáis, y yo os prometo que haré todo lo posible por averiguar qué está pasando con los negros. Tengo buenos contactos por toda la ciudad.

—Serán tan bastardos como tú —rezongó Porter.

—¿Y qué importa eso? Lo que a vosotros os interesa es aclarar lo de las desapariciones de los negros, ¿no?

—Cierto —respondió Rexton.

—Pues yo os puedo ayudar recurriendo a esos conocidos míos.

Alguno sabrá algo. Y lo que yo averigüe, lo sabréis inmediatamente vosotros.

Rexton y Porter intercambiaron una mirada.

—¿Qué opinas tú, Terry?

—Lamb no cumplirá su palabra, Bob. Sólo quiere librarse de nosotros y desaparecer.

—No es verdad —negó el tipo—. Me interesa demostrar que no tengo nada que ver en esas misteriosas desapariciones, porque de lo contrario no me dejaréis en paz. Y cuando los del FBI acosan a alguien...

—De acuerdo, Lamb. Aceptamos el trato —respondió Rexton—. Y pobre de ti si no lo cumples.

—Lo cumpliré, no lo dudéis.

—Vámonos. Terry —indicó Rexton, y él y Porter abandonaron el apartamento de Mike Lamb.

Capítulo III

CHARLES Wellman acabó de llenar la jeringa y después presionó ligeramente el émbolo, expulsando un par de gotas de aquella verdosa sustancia creada por él.

Era un hombre de mediana edad, más bien bajo de estatura, delgado, con el cabello gris, abundante y un tanto revuelto. Llevaba lentes y se cubría con una bata blanca.

—Jerold...

—¿Sí, doctor?

—Esto ya está listo. Tráeme uno de esos negros.

—¿Hombre o mujer?

—Me da lo mismo. ¿Quién es el siguiente en la lista de espera?

—Sarah Myrer.

—Tráela a ella, pues.

—Sí, doctor.

Jerold Duff, el ayudante del doctor Wellman, era un gigantón que rebasaba los dos metros de estatura. Su complexión física era impresionante, pero aún lo era más su cara, pues era feo como una blasfemia.

Tenía pelo de rata, las orejas grandes y despegadas, las cejas juntas y muy pobladas, la nariz aplastada, los labios excesivamente gruesos, unos dientes enormes y amarillentos...

Por si fuera poco, una horrible cicatriz le cruzaba toda la mejilla izquierda y le llegaba hasta la barbilla.

Parecía un personaje sacado de una novela de terror.

Llevaba una bata blanca, como el doctor Wellman, aunque mucho más sucia. Y, dado su tamaño, más que una bata de científico parecía que se había colocado la funda de un armario.

El gigantesco Jerold salió del laboratorio, dando unas zancadas de a metro. Sus zapatos eran tan enormes que no sería difícil confundirlos con un par de piraguas.

Poco después, alcanzaba los cuartos en los que permanecían encerrados los negros con los que experimentaba el doctor Wellman. Más que cuartos, eran celdas, puesto que tenían apenas dos metros de largo por uno y medio de ancho, carecían de ventanas, y sólo recibían aire por la mirilla de la puerta.

Una puerta fuerte, gruesa, sólida, que se cerraba con llave y además disponía de dos gruesos cerrojos. Era, por tanto, imposible escapar de uno de aquellos cuartos-celda, por mucha fuerza que tuviera el negro encerrado en él.

Jerold llevaba siempre encima las llaves de los cuartos, que estaban numerados. El que ocupaba Sarah Myrer, la chica a la que le había llegado el turno de someterse a los experimentos del doctor Wellman, era el número 7.

El gigantón, antes de abrir, aplicó los ojos a la mirilla, que era de forma rectangular. Tendría apenas diez centímetros de longitud por tres de anchura.

Sarah Myrer estaba sentada en el estrecho jergón, sin más ropa encima que la interior, porque todo lo demás se lo habían quitado, incluidos los zapatos.

Era una negra guapa y bien formada, que no aparentaba más de veintitrés o veinticuatro años. Tenía las piernas largas y esbeltas, la cintura estrecha, el busto pleno y firme.

Los ojos de Jerold Duff brillaron lujuriosamente, como siempre que observaba a una negra ligera de ropa o desnuda. Y Sarah Myrer casi lo estaba, porque sus prendas íntimas eran breves y transparentes.

La cautiva no sabía que estaba siendo observada.

No había oído a Jerold ni le había visto aplicar los ojos a la mirilla.

El gigante recorrió uno de los gruesos cerrojos y el ruido hizo respingar a la prisionera, que inmediatamente clavó sus asustados ojos en la mirilla, descubriendo al terrorífico ayudante del doctor Wellman.

Sarah sintió una oleada de frío, pero no se movió. Continuó sentada en el jergón, temblando de pánico.

Jerold recorrió el otro cerrojo y después introdujo la llave en la cerradura. Le dio dos vueltas y la puerta se abrió con agudo chirriar de goznes.

Sarah cruzó nerviosamente los brazos sobre su pecho, consciente de que el blanco sujetador de nilón apenas velaba sus senos, y juntó las rodillas.

Jerold la miró con descaro desde la puerta del cuarto-celda y ordenó:

—Sal, negrita.

La chica sintió que su terror se acentuaba, pero se levantó del jergón y salió de la celda, sin descruzar los brazos del pecho. Jerold le agarró el derecho con su manaza zurda, tan grande como un guantelete y llena de pelos.

Sarah tuvo la sensación de que no la agarraba un hombre, sino un gorila, y no pudo reprimir un gemido.

El gigantón tiró de ella.

—Vamos, preciosa.

—¿Adónde me lleva? ¿Qué me van a hacer? —preguntó la joven, con voz trémula.

—El doctor Wellman te lo explicará.

—¿Doctor Wellman...?

—Sí.

—Yo no estoy enferma. No necesito ningún médico.

Jerold sonrió, mostrando sus amarillentos dientes.

—Ya sé que no estás enferma. Si lo estuvieras, no te habrían traído aquí. El doctor Wellman sólo trabaja con negros jóvenes, sanos y fuertes.

Sarah volvió a sentir frío por todo el cuerpo.

—¿Ha dicho trabaja...?

—Sí.

—¿Acaso hace experimentos...?

—En efecto.

—¿Y sólo con negros...?

—Así es.

—¿Por qué?

—Los blancos no le necesitan; los negros, sí.

—No entiendo nada.

—Cuando el doctor Wellman te lo explique, lo verás muy claro.

Sarah no hizo más preguntas.

Tan sólo unos segundos después, Jerold la introducía en el laboratorio del doctor Wellman.

Sarah pudo comprobar que se trataba de un laboratorio espacioso, con infinidad de objetos propios del trabajo de un científico. Había, también, una alargada mesa con correas para sujetar a la persona que se echase en ella.

La chica adivinó que se trataba de la mesa de experimentos y se llenó de terror, porque ya se veía tumbada en ella, fuertemente sujeta por las correas, absolutamente indefensa.

De forma instintiva, dio un paso atrás e intentó soltarse de la peluda mano de Jerold, pero no lo consiguió.

La manaza del gigante era como una argolla de hierro, que siguió aferrando el brazo femenino.

Charles Wellman sonrió suavemente y dijo:

—No tengas miedo, Sarah. No vas a sufrir ningún daño.

La aterrorizada joven lo miró, toda temblorosa.

—¿Es usted el doctor Wellman?

—Lo soy.

—¿Qué quiere hacer conmigo?

—Estoy luchando porque tu sueño, y el de todos los negros, se vea hecho realidad.

—¿A qué sueño se refiere?

—Convertirte en blanca, Sarah.

La chica parpadeó.

—¿Qué...?

—Si mi droga da resultado, y existe un noventa por ciento de posibilidades de que así sea, dentro de una hora serás una mujer blanca, Sarah.

—¿Yo una mujer blanca...?

—Desde el cabello a los pies. Tu piel perderá ese tono oscuro y se volverá tan blanca como la de cualquier mujer de nuestra raza. Nadie dirá que antes eras negra, Sarah. Y cuando tengas hijos, serán blancos también. Bueno, suponiendo que no te cases con un negro, claro. Si te casas con un blanco, le darás hijos blancos.

La perplejidad dejó a Sarah Myrer sin habla.

Era cierto que, más de una vez, había soñado con ser una mujer blanca. Lo había deseado, pero no porque renegara de su raza, sino para no tener problemas raciales.

Los negros los seguían teniendo.

Y muchos.

Si la droga del doctor Wellman la transformaba en una mujer blanca, dejaría de sentirse discriminada, rechazada por muchos sectores de la sociedad, y humillada.

Pero, ¿sería eso posible...?

El doctor Wellman había asegurado que existía un noventa por ciento de probabilidades, y eso era mucho, evidentemente. Valía la pena, por tanto, someterse al experimento.

El médico indicó:

—Tiéndela en la mesa, Jerold.

El gigantón volvió a tirar de la muchacha.

—Vamos, nena.

Sarah no ofreció resistencia esta vez, aunque le seguía impresionando la siniestra mesa de experimentos. Lo que menos le gustaba es que dispusiera de correas para sujetar los brazos, la cintura, y las piernas.

Y menudas correas...

Ni siquiera Jerold, con su fuerza de titán, podía hacerlas saltar.

Cuando alcanzaron la mesa, el ayudante del doctor Wellman agarró a Sarah del otro brazo, la levantó como si levantara una muñeca de trapo, y la sentó en ella.

Después, le cogió las piernas y las colocó sobre la mesa, obligándola seguidamente a descansar la espalda de ella.

Sarah seguía mostrándose dócil, pero cuando vio que Jerold se

disponía a sujetarla a la mesa, irguió bruscamente el torso y preguntó:

—¿Son necesarias las correas, doctor Wellman...?

—Me temo que sí, Sarah —respondió el médico, en el mismo tono amable de antes.

—¿Por qué?

—Verás, los primeros efectos de la droga son algo violentos. Te agitarás, sufrirás convulsiones, e incluso gritarás. Si no estuvieras sujeta a la mesa, seguramente te caerías y podrías lastimarte, ya que la mesa es más bien alta.

La chica se asustó.

—¿Agitaciones, convulsiones y gritos...?

—Bueno, sólo durara unos pocos minutos —aseguró Wellman—. Después te relajarás y quedarás sumida en un profundo sueño, plácido y dulce. Y cuando despiertes, serás una mujer blanca.

El resultado del experimento tentó de nuevo a Sarah y se dejó caer lentamente hacia atrás, quedando otra vez echada en la mesa.

Jerold le sujetó primeramente los brazos, luego la cintura, y finalmente las piernas. Después, y sin que el doctor Wellman se lo ordenara, le arrancó el sujetador y la dejó con los pechos al aire.

Sarah dio un grito.

—¡Doctor Wellman...!

—Cálmate, Sarah.

—¡Jerold me ha despojado del sujetador!

—Ya lo he visto.

—¿Y por qué ha permitido que...?

—Es necesario, Sarah. Tu cuerpo no debe conservar ninguna prenda cuando te inyecte la droga.

—¿Ninguna...?

—Así es —respondió Jerold y le arrancó las sucintas braguitas.

Sarah no gritó esta vez, aunque no fue por falta de ganas.

Su cuerpo desnudo temblaba sobre la mesa de experimentos.

Con ojos agrandados, vio que el doctor Wellman tomaba la jeringa que contenía la verdosa sustancia y se aproximaba sin prisa a la mesa.

Sarah no pudo evitar un escalofrío.

—¿Qué pasará si la droga no da resultado, doctor...? — preguntó, con un hilo de voz.

—Nada. Que tendré que seguir trabajando con ella, para perfeccionarla y lograr el objetivo que persigo.

—Me refiero a mí, doctor Wellman. ¿Me ocurrirá algo si la droga falla...?

—Por supuesto que no, Sarah. Pero piensa en el éxito, no en el fracaso. Estoy seguro de que esta vez lo voy a conseguir —sonrió el

médico, y aproximó la aguja hipodérmica al brazo izquierdo de la muchacha de color.

Capítulo IV

BOB Rexton y Terry Porter habían salido ya del edificio en donde vivía Mike Lamb. Se introdujeron en el Dodge oscuro, sentándose el primero al volante y el rubio a su lado.

Rexton puso el motor en marcha y el coche arrancó, tomando la primera calle de la derecha.

—¿Adónde vamos, Bob? — preguntó Porter.

—Daremos la vuelta a la manzana y detendré el coche a una cierta distancia del 234 de Alpine Street. Desde allí podremos vigilar el portal.

—¿Vamos a esperar a que salga Lamb?

—Exacto.

—Quieres que lo sigamos, ¿no es eso?

—Sí.

—Apruebo la idea.

El Dodge de los agentes del FBI acabó de rodear la manzana y se detuvo en Alpine Street de nuevo, sólo que ahora lo hizo a unos veinte metros del edificio en donde habitaba Mike Lamb.

Bob Rexton paró el motor y extrajo sus cigarrillos.

—¿Quieres fumar, Terry?

—Sí, gracias.

—Coge.

Terry Porter tomó un cigarrillo, se lo puso en los labios y, mientras su compañero le imitaba, extrajo su encendedor de gas y lo accionó, acercando la llama al cigarrillo de Rexton.

Este lo encendió y Porter hizo lo propio con el suyo, guardando seguidamente el encendedor. Rexton devolvió también la cajetilla de emboquillados al bolsillo, mientras expulsaba una bocanada de humo, y preguntó:

—¿Crees que Lamb nos dijo la verdad, Terry?

—No sé. Puede que tenga mucho que ver en la desaparición de seres de raza negra y puede que no sepa nada. De lo que no hay duda, es que es un pájaro de cuenta. Cuando echó mano de la pistola, no fue para asustarnos, desde luego. Estaba dispuesto a liquidarnos.

—Sí, creo que hubiera tirado a matar, porque deseaba librarse de nosotros. Pero eso no demuestra que esté metido en lo de la

desaparición de hombres y mujeres de raza negra. Lo único que sabemos, es que a Lamb le gusta hacer el amor con chicas negras, pero no podemos asegurar que las mujeres de color desaparecidas hayan pasado antes por su cama. Lo acusamos para ver si confesaba y no dio resultado.

—Quizás averigüemos algo cuando le sigamos los pasos.

—Confiemos en ello.

Siguieron los dos fumando tranquilamente, con la vista fija en el portal del edificio en donde vivía Mike Lamb.

Un par de minutos después, Bob Rexton se metía la mano en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y sacaba la pistola de Lamb. Era una Super-Star.

La examinó y dijo:

—Una buena herramienta de trabajo, ¿eh, Terry?

—Desde luego.

Rexton le quitó el cargador y comprobó que estaba prácticamente al completo. Sólo le faltaban las dos balas que Lamb disparara durante su forcejeo con Porter e incrustara en el techo.

—El tipo debe sentirse desnudo sin esto —comentó, colocando de nuevo el cargador.

—Bueno, desnudo lo estaba de verdad —recordó Porter—. Ni siquiera llevaba slip.

Rexton rió.

—Es cierto. Y la negrita también estaba en cueros. Los sorprendimos a los dos en plena faena.

—A lo mejor quiso matarnos por eso —dijo Porter, y se echó también a reír.

Rexton devolvió la Super-Star al bolsillo.

Justo en ese momento, Mike Lamb salía del edificio, vistiendo pantalón gris y una cazadora marrón.

—Ahí lo tenemos. Terry —dijo Rexton.

—No ha tardado mucho en salir —repuso Porter.

Lamb se detuvo en la acera y miró en ambas direcciones como para asegurarse de que la pareja de agentes del FBI se habían largado ya.

Después, fue hacia su coche, un Ford azul que ofrecía algunas abolladuras y varios rasguños, y se introdujo en él.

Rexton esperó a que lo pusiera en marcha y entonces él puso también en funcionamiento el Dodge, que siguió al Ford a prudente distancia, para que Lamb no se percatara del hecho.

El terror de Sarah Myrer se acentuó considerablemente en el último momento, cuando ya la aguja hipodérmica se disponía a penetrar en su brazo para inocularle la droga creada por el doctor Wellman, y se agitó sobre la mesa de experimentos.

—¡No, doctor, no! —gritó, con ojos dilatados.

El médico se detuvo.

—¿Qué ocurre, Sarah?

—¡He cambiado de idea! ¡No quiero que me inyecte la droga!

—¿Ya no deseas convertirte en una mujer blanca...?

—¡No, prefiero seguir siendo negra!

—Eso es una estupidez, Sarah.

—¡Se lo ruego, doctor Wellman! ¡Ordénele a Jerold que me suelte y que me devuelva mi ropa! ¡Quiero salir de aquí!

—Me temo que no será posible complacerte.

—¡Se lo suplico, doctor! ¡Olvídese de mí y experimente su droga con alguien que desee someterse voluntariamente a la prueba!

—Tú estabas dispuesta a hacerlo, Sarah.

—¡He cambiado de idea, ya se lo he dicho!

—¿Por qué?

—¡Porque estoy muy asustada!

—No hay motivo. Sarah.

—¡Hay muchos, doctor! ¡La cara de Jerold, que es horrible! ¡Las correas de la mesa de experimentos, que hacen que me sienta como en un potro de tortura! ¡Y el hallarme completamente desnuda!

Charles Wellman emitió una risita.

—Yo no tengo la culpa de que Jerold sea tan feo, Sarah. En cuanto a las correas y tu desnudez, ya te expliqué que...

—¡Tampoco me gusta el color de su droga, doctor! —le interrumpió la joven.

—¿No...? —exclamó Wellman, mirando la jeringa.

—¡Por lo que más quiera, doctor! ¡Dígale a Jerold que me suelte! —insistió la muchacha.

—No, no puedo hacerlo. Está todo a punto y no quiero aplazar el experimento. Te inyectaré la droga y, cuando despiertes de tu sueño, me lo agradecerás, porque serás ya una mujer blanca.

—¡No, doctor...! —chilló Sarah, desesperada.

Pero no sirvió de nada.

El doctor Wellman le clavó la aguja hipodérmica en el brazo y presionó el émbolo de la jeringa, inoculándole la droga.

Sarah Myrer sintió penetrar la verdosa sustancia en su organismo y se encomendó a todos los santos del cielo, pues se temía lo peor. El médico había hablado de una reacción algo violenta, pero ella intuía

que iba a sufrir terriblemente.

Y no se equivocó.

A los pocos segundos de haber retirado la aguja de su brazo, sufrió una violenta contracción y lanzó un grito desgarrador, porque un chorro de lava volcánica parecía correr por el interior de su cuerpo, abrasándole las entrañas.

Capítulo V

LAS terribles contracciones y los gritos ensordecedores se sucedieron, mientras aquella especie de río de fuego invadía totalmente el organismo de Sarah Myrer.

Su moreno cuerpo, estremecido de dolor, quería saltar de la mesa de experimentos, pero las sólidas correas lo impedían. Las violentas convulsiones hicieron brotar cientos de gotas de sudor y la oscura piel de la chica comenzó a brillar como si le hubieran aplicado un aceite especial.

El doctor Wellman observaba atentamente la reacción de la droga, sin pronunciar palabra. También Jerold Duff tenía los ojos clavados en el desnudo cuerpo de Sarah Myrer, aunque él, más que de la reacción de la droga, estaba pendiente de las agitaciones de los senos de la chica, de sus caderas, y de sus muslos, que se separaban y se juntaban a cada momento, mostrando con intermitencias la parte más íntima del cuerpo de la muchacha.

Sarah no podía evitarlo.

Su sufrimiento era tan espantoso que estaba a punto de volverse loca. De pronto, empezó a despedir espuma por la boca.

Una espuma verdosa, como la droga que el doctor Wellman le había inoculado.

Casi al mismo tiempo, sus ojos comenzaron a cambiar de color, adquiriendo también un tono verdoso. Y lo mismo ocurrió con las uñas de sus manos y con las de sus pies.

La piel, sin embargo, no le cambió de color.

Seguía siendo oscura.

Oscura y brillante, porque el sudor bañaba ya totalmente el cuerpo de Sarah. Una Sarah ronca de tanto gritar, de tanto convulsionarse, de tanto sufrir...

De repente, la joven sintió como si su corazón estallara en el interior de su pecho y dejó de chillar y de convulsionarse.

Su boca, abierta de par en par, seguía despidiendo espuma verdosa, pero ya no podía emitir chillidos. Y su cuerpo estaba como agarrotado, rígido, sin capacidad de movimiento.

Sarah Myrer se estaba muriendo.

Le quedaban escasos segundos de vida y el doctor Wellman lo sabía.

También lo sabía el gigantesco Jerold, pues había visto morir ya a varias mujeres y varios hombres de raza negra en aquella misma mesa de experimentos.

Y todos habían muerto igual.

Despidiendo aquella asquerosa espuma por la boca, los ojos verdosos, como las uñas de las manos y de los pies, las facciones desencajadas, el cuerpo agarrotado y bañado en sudor...

Eran los efectos de la droga que el doctor Wellman inyectaba a los seres de color, para convertirlos en blancos, pero que hasta el momento presente sólo los convertía en cadáveres.

Y no sólo eso, sino que tenían una muerte horrible, larga, llena de terribles sufrimientos.

Los experimentos del doctor Wellman, por tanto, estaban resultando un auténtico genocidio.

Un genocidio en negro, puesto que sólo trabaja con hombres y mujeres de color.

* * *

Charles Wellman tocó el cuello de Sarah Myrer y comprobó que su arteria carótida no latía, prueba inequívoca de que su joven corazón había dejado de bombear sangre.

Lanzó un suspiro y dijo:

—He fracasado otra vez, Jerold.

—¿Ha muerto, doctor? —preguntó su ayudante, como si no lo supiera.

—Sí, Jerold. Sarah ya es cadáver.

—Bueno, no se desanime usted, doctor Wellman. Más pronto o más tarde lo conseguirá.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro, doctor. Es usted un hombre muy inteligente y alcanzará finalmente el éxito. Sólo tiene que perfeccionar la droga y seguir experimentando. Por suerte, negros hay muchos...

Wellman sonrió ligeramente.

—¿Cuántos nos quedan, Jerold?

—Tres; dos hombres y una mujer.

—Pocos son.

—No se preocupe, doctor. Esta misma noche nos traerán otra remesa de negros jóvenes y sanos, de ambos sexos. Y si hacen falta más, los pediremos.

—Ojalá no sea necesario.

—Usted sólo debe pensar en su droga, doctor Wellman. En el éxito y

en la fama que alcanzará cuando la haya perfeccionado y pueda convertir a los negros en blancos. El mundo entero lo aclamará.

El médico sonrió de nuevo.

—Eso espero, Jerold.

—¿Puedo llevarme ya a la chica, doctor?

—Sí, retira el cadáver y hazlo desaparecer, como los otros.

—Descuide, doctor. Para esto me las pinto solo, ya lo sabe usted — sonrió también el gigante.

—Eres un gran tipo, Jerold.

—Y tan grande. Dos metros y pico.

Charles Wellman rió el chiste de su ayudante.

—No me refería a tu talla, y tú lo sabes.

—Claro que lo sé.

—Te debo mucho, Jerold.

—Y yo a usted, doctor.

—Será cuestión de echar cuentas, pues —bromeó el médico.

Jerold dejó oír su bronca risa, muy parecida al ruido de un tractor en marcha.

—¡Muy bueno el chiste, doctor Wellman!

El médico unió su risa a la de él, pero no se notó.

Mientras hablaban, Jerold había soltado las correas que sujetaban el cuerpo ya sin vida de la infortunada Sarah Myrer. Cargó con el cadáver todavía caliente y se lo echó sobre su hombro izquierdo.

En uno de sus bolsillos de su gigantesca bata, llevaba el sujetador y las braguitas de la negra, que también haría desaparecer.

Antes de que abandonara el laboratorio. Charles Wellman dijo:

—Voy a seguir trabajando con la droga, Jerold. Cuando tenga una nueva dosis dispuesta, te lo haré saber para que me traigas a uno de los dos varones negros que nos quedan. Quiero hacer un experimento esta tarde.

—Bien, doctor.

Jerold echó a andar hacia la salida, con el cuerpo de Sarah sobre su hombro. En cuanto cruzó la puerta del laboratorio, dirigió su mano derecha hacia el redondo trasero femenino y lo toqueteó con deseo, sin importarle que la chica estuviera muerta.

—Qué bien estabas de todo, negrita... —murmuró, y le mordió la nalga izquierda con sus dientes de caballo.

Y así, comportándose como un auténtico maníaco sexual, alcanzó el cuarto en donde se hallaba instalado el horno crematorio.

Allí desaparecían los cuerpos de los negros que fallecían en el laboratorio del doctor Wellman, asesinados por la temible droga.

Incinerados.

Nada quedaba de ellos, excepto las cenizas.

Junto a la puerta del horno, había un sillón antiguo de alto respaldo. Jerold depositó el cadáver de Sarah Myrer en él, dejándola como si estuviera cómodamente sentada.

Descaradamente sentada, más bien, puesto que se preocupó de separarle las piernas. Y huelga decir por qué.

Jerold retrocedió dos pasos, la contempló, y los ojos le brillaron suciamente.

—¿Sabes que eres bastante zorra, Sarah...? —dijo, sonriendo—. No se debe provocar a un hombre de esa manera, porque luego pasa lo que pasa.

El gigantón rió sus propias palabras y procedió a encender el horno. Después, se metió la mano en el bolsillo y extrajo las prendas íntimas de la chica. Contempló unos instantes el sujetador y luego desvió la mirada hacia el busto de Sarah.

—Me gustas más sin él —sonrió, y arrojó la prenda al horno, cuyo fuego aún estaba ganando intensidad.

A continuación, Jerold observó la otra prenda y se la aproximó a su fea cara, pasándola por sus mejillas.

—Qué suave...

Como Sarah Myrer seguía con los ojos abiertos, parecía que lo miraba pero no lo veía, claro. De haber podido verle, le hubiera llamado de todo.

Jerold desgranó una risita y lanzó las tenues braguitas al fuego.

Después, se acercó al sillón y se dejó caer de rodillas entre las piernas de Sarah, posando sus peludas manos en los torneados muslos femeninos, todavía tibios.

—Me gustas, negrita. Me gustas muchísimo... —dijo, y empezó a acariciar el cuerpo de la muerta, mientras besaba y mordisqueaba sus senos.

Estaba así de loco.

Hacía lo mismo con todas las mujeres negras, antes de arrojar sus cuerpos al horno. Mientras las llamas alcanzaban su máxima intensidad, él se divertía con los cadáveres.

Y Sarah Myrer no fue una excepción.

Una vez saciado su puerco deseo, Jerold cargó con el cuerpo de la desgraciada y lo echó al horno, para que las llamas lo devorasen y lo redujesen a cenizas.

El gigantón cerró la puerta del horno crematorio y se sentó en el sillón, como hada siempre después de arrojar un cadáver al fuego. Permanecería allí hasta que el cuerpo de Sarah Myrer quedara totalmente consumido por las llamas.

Y, como eso llevaría algún tiempo, se dispuso a descabezar un

sueñecito.

Capítulo VI

EL Ford azul de Mike Lamb seguía circulando por las calles de Nueva York, seguido a una cierta distancia por el Dodge oscuro de la pareja de agentes del FBI.

Llevaban unos veinte minutos así.

Por fin, el Ford se detuvo frente a una especie de almacén y Mike Lamb se apeó, mirando cautelosamente hacia un lado y otro, como para asegurarse de que no había sido seguido.

Bob Rexton había detenido también el Dodge a unos treinta metros del Ford, y él y Terry Porter vigilaban a Mike Lamb.

Este caminó hacia la puerta del almacén, la abrió, y se introdujo en él.

—¿Qué opinas, Terry? —preguntó Rexton.

—Que ese lugar es ideal para ocultar a unos cuantos negros, mientras llega el momento de venderlos —respondió Porter.

—Lo mismo pienso yo.

—Creo que el bastardo de Lamb nos engañó. Está metido hasta el cuello en lo de la desaparición de seres de raza negra.

—Es muy posible.

—¿Esperamos a que salga o vamos por él?

—La paciencia no es mi fuerte, Terry.

—Tampoco es una de mis virtudes —sonrió el rubio.

—Vamos.

Salieron los dos del coche y caminaron hacia el almacén con las chaquetas abiertas, para poder empuñar sus armas con rapidez si ello era necesario.

Alcanzaron el almacén y Bob Rexton pegó su oído a la puerta.

—¿Oyes algo? —preguntó Porter.

—Nada.

—Entremos, Bob —dijo el rubio, empuñando su 38 especial.

Rexton empuñó también la suya y abrió la puerta, lenta y silenciosamente, aunque sólo lo justo para asomar la cabeza con precaución y echar una ojeada al interior.

El almacén estaba silencioso y sólo se veían cajas apiladas.

De Mike Lamb, ni rastro.

Bob Rexton abrió la puerta un poco más y se coló en el almacén, con el arma por delante. Terry Porter le imitó y cerró la puerta sin hacer ruido.

Los dos agentes del FBI permanecieron casi un minuto junto a la puerta, con todos los sentidos alerta, pero no detectaron sonido o movimiento alguno.

Todo seguía quieto y silencioso, como si no hubiera nadie allí.

Rexton hizo una indicación con la cabeza y se adentró cautelosamente en el almacén, seguido muy de cerca por su compañero.

Avanzaban por entre dos altas pilas de cajas.

De repente, una de las pilas, concretamente la de su izquierda, se venció hacia adelante como empujada por alguien y las cajas se precipitaron sobre los agentes.

—¡Cuidado, Terry! —gritó Rexton, dando un gran salto hacia adelante.

Porter saltó también, pero hacia atrás.

Afortunadamente, lo hicieron con tanta rapidez que pudieron esquivar las cajas y no quedaron sepultados por ellas.

Inmediatamente después, surgieron cuatro hombres armados con pistolas automáticas. Ninguno de ellos era Mike Lamb, pero eso no importaba.

Eran enemigos.

Y estaban dispuestos a acabar con la pareja de agentes del FBI.

Lo de las cajas había fallado, pero ellos no fallarían.

Las cuatro pistolas comenzaron a escupir balas.

Bob Rexton se protegió tras una de las cajas caídas, en la que se incrustaron varios proyectiles, y respondió al fuego de los amigos de Mike Lamb.

Su primera bala se perdió, pero la segunda se alojó en la frente de uno de los individuos, causándole una muerte fulminante.

Terry Porter había buscado también la protección de una de las cajas derribadas por los tipos, y desde allí disparaba asimismo contra los amigos de Lamb.

Uno de sus plomos le destrozó la garganta a uno de los fulanos y lo mandó al infierno en cosa de segundos.

Los otros dos tipos, seguramente impresionados por la excelente puntería de la pareja de agentes del FBI, se ocultaron.

Rexton y Porter dejaron de disparar.

Como no podían verse el uno al otro, porque había un montón de cajas entre ellos, Rexton preguntó:

—¿Estás bien, Terry?

—¡Sí, Bob! —respondió Porter—. ¿Y tú...?

—Totalmente ileso, por ahora.

—Me alegro.

Rexton abandonó silenciosamente su posición, porque no le convenía quedarse allí. Porter pensó lo mismo y gateó también con sigilo hacia una pila de cajas.

No se da nada, pero tanto los atacantes como los agentes del FBI sabían que las armas no tardarían en ladrar de nuevo.

Rexton se hallaba ahora tras una pila de cuatro cajas, encogido.

Con mucha precaución, asomó la cabeza y descubrió a uno de los atacantes pegado a otra pila de cajas. Como el tipo le daba la espalda, no quiso dispararle sin advertirle primero.

—¡Eh, tú!

El fulano se revolvió en el acto y le disparó, prácticamente sin apuntar. Rexton le disparó a su vez y le alojó dos plomos en el pecho, tumbándolo.

El alarido del sujeto resonó en el almacén tanto como los disparos.

El cuarto individuo había dado un rodeo, para sorprender a Porter por la espalda, pero cuando se asomó con intención de dispararle, comprobó que el agente ya no estaba allí.

De pronto, se oyó la voz del rubio:

—¿Me buscabas a mí, rata?

El tipo dio un respingo y se volvió hacia Terry Porter, disparando a lo loco. El agente del FBI gatilleó un par de veces y le incrustó ambos proyectiles en la caja torácica.

El fulano aulló y cayó hacia atrás, agarrándose el pecho.

Se agitó unos segundos.

Después, sufrió un espasmo y quedó rígido.

—¿Bob...? —llamó el rubio.

—Estoy aquí, Terry.

Porter se reunió con su compañero y preguntó:

—¿Has visto a Lamb?

—No. ¿Y tú...?

—Tampoco.

—Nos preparó un buen recibimiento, el muy bastardo —rezongó Rexton.

—Debió darse cuenta de que le seguíamos.

—No, lo que debió es intuir que le íbamos a esperar en la calle, para seguirle los pasos, y desde su apartamento telefoneó a sus compinches para que nos dispensaran esta acogida tan especial —repuso Rexton.

—Nos las pagará —masculló Porter—. Vamos por él, Bob.

—Recarguemos primero nuestras armas. Puede que quede alguien más, aparte de Lamb.

—De acuerdo.

Rexton siguió atento mientras su compañero recargaba el arma, y después recargó él la suya, cediendo la vigilancia a Porter.

No ocurrió nada.

Mike Lamb debía de estar oculto en lo más profundo del almacén, solo o acompañado por alguien.

Los agentes del FBI fueron en su busca, avanzando con mucha precaución. Una precaución innecesaria, sin embargo, porque el pájaro había volado.

Rexton y Porter lo adivinaron cuando descubrieron que el almacén disponía de una puerta trasera. Por allí había escapado Mike Lamb, tras el fracaso de sus compañeros.

Rexton abrió la puerta y echó una mirada al exterior, pero, como ya esperaba, no encontró ni rastro del tipo.

—Lamb se ha esfumado, Terry.

—Maldito hijo de perra —escupió el rubio.

—Lo encontraremos, no te preocupes.

—No será fácil, Bob. Lamb es un tipo muy listo, nos lo ha demostrado.

—Bueno, nosotros tampoco nos chupamos el dedo. Volvamos con los amigos de Lamb.

—Creo que los cuatro están muertos. No podrán decirnos nada.

—Los registraremos. Quizá lleven algo que nos sirva de pista.

—Ojalá.

Cruzaron de nuevo el almacén, con menos precauciones que antes, y se detuvieron en el lugar donde yacían los tipos, comprobando que, efectivamente, los cuatro eran ya cadáveres.

Empezaron a registrar sus bolsillos.

Desgraciadamente, no hallaron nada que relacionara a aquellos hombres con la desaparición de seres de raza negra. Ni que los relacionase, siquiera, con Mike Lamb.

—No hemos tenido suerte, Terry —rezongó Rexton.

—No, ninguna.

—Bueno, no importa. Al menos ahora sabemos que Mike Lamb está metido en el ajo, porque de lo contrario no nos hubiera preparado esta encerrona. Cuando lo atrapemos de nuevo, cantará. Ya no podrá negar que tiene mucho que ver en el asunto.

—¿Cómo daremos con él?

—Encontraremos la manera, no temas. De momento, vamos a ir a casa de Coretta Birney.

—¿La negrita que estaba con Lamb...?

—Sí.

—¿Sabes dónde vive?

—Me lo dijo antes de largarse, mientras tú le atizabas a Lamb.

—¿Y qué vamos a sacar visitando a Coretta?

—Lamb la había elegido y pensaba hacer con ella lo mismo que con las otras. Coretta es joven, atractiva, y posee una figura espléndida. Lamb puede sacar un buen pellizco por su venta y no creo que renuncie a ella, así que irá en su busca.

—Entiendo.

—En marcha, Terry.

Los dos agentes abandonaron el almacén, alcanzaron el Dodge, se introdujeron en él, y se dirigieron al domicilio de Coretta Birney.

Capítulo VII

CUANDO salió del apartamento de Mike Lamb, Coretta Birney fue directamente a casa. Vivía en el 498 de Selmer Street, un edificio bonito, aunque en absoluto lujoso.

El apartamento de Coretta, ubicado en la sexta planta, era el 28-B.

Era pequeño, pero estaba decorado con buen gusto y resultaba agradable y acogedor. Cuando Coretta entró en él, seguía con el susto metido en el cuerpo.

No podía olvidar lo ocurrido en el apartamento de Mike Lamb.

Y menos aún lo que habían dicho los agentes del FBI.

Lo primero que hizo Coretta, fue servirse una copa.

Necesitaba tomar algo fuerte.

El licor pareció calmar un poco sus nervios y se sintió mejor, por lo que decidió darse una ducha. El agua tibia, resbalando suavemente por su cuerpo desnudo, la acabaría de relajar.

Coretta apuró el whisky y se introdujo en el dormitorio, despojándose de la blusa por el camino. La arrojó sobre la cama, se descalzó, se quitó el pantalón y, sin más prenda encima que las descaradas braguitas, se metió en el baño.

Estaba regulando ya el agua de la ducha, cuando oyó sonar el timbre del apartamento. Coretta no tuvo más remedio que cerrar la ducha y ponerse la bata, que estaba allí, en el baño.

Era una bata corta y brillante, muy llamativa.

Mientras se ataba el cinturón, salió del baño, cruzó el dormitorio, y alcanzó la puerta. Antes de abrir, preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Coretta; Donna Ingels —respondieron desde el otro lado.

Coretta sonrió y abrió la puerta.

Donna Ingels era una preciosa joven de cabellos rubios y ojos azules, bonita figura, y simpatía a raudales. Tenía veintitrés años y ocupaba el apartamento de al lado, lo que le había permitido entablar amistad con Coretta Birney.

—Hola, Donna.

—¿Por qué has preguntado quién era? —inquirió la rubia, extrañada.

—Por nada.

—Nunca lo habías hecho, Coretta.

—Anda, pasa.

Donna Ingels entró en el apartamento de su amiga. Vestía una blusa de tirantes, negra, y una falda blanca, bastante corta, lo que le permitía exhibir sus atractivas piernas.

Coretta Birney cenó la puerta y dijo:

—Estaba a punto de meterme en la ducha, cuando llamaste.

—¿No te encuentras bien? — preguntó Donna.

—¿Por qué lo dices?

—Te veo mala cara, Coretta.

—¿En serio?

—A ti te pasa algo.

—No me pasa nada.

—Sí, te noto nerviosa. Incluso asustada. Y eso de que preguntaras quién era antes de abrir la puerta... ¿Te ha amenazado alguien, Coretta?

—No, nadie.

—Soy tu amiga, Coretta. Y debes confiar en mí.

Coretta Birney se mordió los labios.

—Está sucediendo algo terrible, Donna.

—Cuenta.

—Varias mujeres de color han desaparecido sin dejar rastro. Según el FBI, que investiga el caso, han sido vendidas o asesinadas. Y el responsable de ello puede ser un tal Mike Lamb.

—¿Y cómo te has enterado tú de todo eso...?

—Te vas a sorprender, pero me encontraba en el apartamento de Mike Lamb cuando dos agentes del FBI irrumpieron en él pistola en mano y acusaron al tipo.

Donna Ingels respingó.

—¿Que tú estabas con ese Mike Lamb...?

Coretta Birney se mordió los labios de nuevo.

—Yo no sospechaba nada, Donna. Conocí al tipo, me invitó a tomar una copa en su apartamento, y acepté. Cuando oí decir a los agentes del FBI que las chicas que habían estado antes con Mike Lamb habían desaparecido sin dejar ningún rastro, me llené de terror, pues pensé que a mí me reservaba lo mismo. Venderme con una mercancía... o asesinarme fríamente.

—Ahora comprendo tu nerviosismo y tu miedo.

—Fueron unos minutos terribles, Donna.

—¿Arrestaron los del FBI al tipo?

—No lo sé.

—¿Cómo es eso?

—Yo quería salir cuanto antes de allí y pedí a los agentes que me

dejaran marchar. Y accedieron.

—Entiendo.

—Vine directamente a casa. Me temblaba todo y...

—¿Por qué no te tomas una copa, Coretta?

—Ya lo he hecho.

—¿Te sirvo otra?

—No, con una es suficiente.

—Pues yo, con tu permiso, sí me la voy a servir —dijo Donna, caminando hacia el mueble-bar—. Necesito un trago después de lo que me has contado.

—Mientras te tomas la copa, me daré la ducha —decidió Coretta—. No te importa, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Dúchate y luego seguiremos hablando de ese Mike Lamb.

—De acuerdo.

Coretta se metió en el dormitorio y Donna se preparó un whisky con soda, sentándose seguidamente en uno de los sillones del living. Tomó un sorbo de licor y luego cruzó sus bonitas piernas.

Diez minutos después, Coretta salía del dormitorio, secándose todavía el pelo con la toalla.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Donna.

—Sí.

—Yo también.

Coretta sonrió al ver que su amiga se llevaba la copa a los labios y apuraba el whisky. Iba a decir algo, pero justo en ese momento sonó el timbre y eso la hizo respirar.

Donna retiró inmediatamente la copa de su boca, la dejó sobre la pequeña mesa del living, y se levantó del sillón, diciendo:

—Yo abriré, Coretta.

—Gracias.

Donna caminó decididamente hacia la puerta y abrió, sin preguntar quién era, porque era una chica valiente.

El tipo que había hecho sonar el timbre quedó sorprendido al verla, porque esperaba que abriera Coretta, pero reaccionó con prontitud y empujó bruscamente a Donna, colándose seguidamente en el apartamento.

La rubia que estuvo a punto de perder el equilibrio y dar con sus huesos en el suelo, exclamó:

—¡Eh!, ¿qué modales son éstos?

El tipo cerró la puerta y miró a Coretta Birney. La negra, con ojos espantados, gritó:

—¡Mike Lamb...!

Donna Ingels no pudo evitar que se le erizara el vello al oír pronunciar a Coretta Birney el nombre del tipo que, según el FBI, era el responsable de la desaparición de varias mujeres de raza negra.

Mike Lamb, cuyo rostro acusaba la dureza de los puños de Terry Porter, sonrió con frialdad y dijo:

—Hola, Coretta.

La negra no respondió.

Estaba tan asustada que ni siquiera podía moverse. Lamb, sin apartarse de la puerta, se fijó mejor en Donna y preguntó:

—¿Quién eres tú, rubia?

—Me llamo Donna y soy amiga de Coretta.

—¿Putas también, de profesión...?

La joven enrojeció y replicó:

—¡La puta lo será su madre!

Lamb le soltó una furiosa bofetada y la tiró al suelo.

Coretta gritó, como si el golpe lo hubiera recibido ella.

—¡No le pegues, Mike! —suplicó.

—Tu amiga tiene la lengua muy larga, Coretta. Y las piernas también, debo reconocerlo... —sonrió Lamb.

Donna se estiró la falda, pues se le había ido muy para arriba en la caída y mostraba incluso el breve pantaloncito rojo. Después, se puso en pie y se masajeó la mejilla izquierda.

—Es usted todo un hombrecito, ¿eh, Lamb?

—Eso dicen.

—Dicen, también, que vende o asesina a las chicas negras que lleva a su apartamento.

Los ojos de Mike Lamb despidieron un centelleo y se posaron un instante en Coretta Birney.

—Se lo has contado, ¿eh, zorra? —masculló.

Coretta no contestó.

—¿Tenía razón el FBI, Lamb? — preguntó Donna—. ¿Trafica usted con mujeres de color? ¿O le divierte más matarlas...?

El tipo la miró con dureza.

—¿Tú qué crees, rubia?

—Bueno, yo diría que es usted capaz de cualquier cosa, porque tiene cara de negrero, de asesino, de violador, de canalla, y de hijo de perra. Por eso me sorprende tanto que esos dos agentes del FBI no le arrestaran.

Lamb, encolerizado por la serie de insultos, intentó soltarle un terrible revés a Donna, pero ésta, que estaba deseando cobrarse la

bofetada de antes, disparó la pierna y le incrustó la punta del zapato entre los muslos, pillándole de lleno sus órganos masculinos.

Capítulo VIII

MIKE Lamb aulló como un coyote, se llevó las manos al bajo vientre, y cayó de rodillas, con los ojos cerrados. Por eso no vio que la mano derecha de Donna Ingels se ponía en marcha, buscándole la cara.

La bofetada, tremenda, le obligó a ladear la cabeza, como si quisiera inspeccionarse el hombro derecho.

Tan sólo un segundo después, era la mano izquierda de Donna la que se ponía en movimiento, restallando en la cara del tipo como un látigo.

Lamb no tuvo más remedio que inspeccionarse el hombro izquierdo, porque hacia allí se le fue la cabeza por la contundencia del tortazo.

Para finalizar la serie de golpes, Donna Ingels proyectó su rodilla hacia arriba y se la estrelló en la parte inferior de la barbilla al individuo.

Mike Lamb emitió un grito y cayó de espaldas, quedando tendido en el suelo. No había perdido el conocimiento, pero no parecía tener fuerzas para levantarse y tomarse el desquite, por lo que Donna se volvió hacia Coretta Birney y preguntó:

—¿Qué te ha parecido, Coretta?

La negra, perpleja, murmuró:

—No sabía que pelearas tan bien, Donna.

—Hice un cursillo de defensa personal —explicó la rubia, con una sonrisa.

—No me lo habías dicho.

—Tampoco tú me lo habías dicho todo, según parece.

Coretta bajó la mirada.

—Creo que sé a lo que te refieres —musitó.

Donna miró a Mike Lamb, y como éste seguía en el suelo, sin intentar levantarse, fue hacia su amiga y la cogió suavemente por los hombros.

—¿Aceptas dinero de los hombres, Coretta?

—Sí —confesó la negra.

—¿Por qué?

—Soluciona mis problemas económicos.

—Debiste hablarme de esos problemas, antes de recurrir a...

—¿Para qué?

—Yo te hubiera ayudado, Coretta. Soy tu amiga y te tengo un gran

afecto.

—Lo sé.

—¿Cuánto hace que...?

—Sólo unos meses.

—Tienes que dejarlo, Coretta.

—Me gustaría, créeme, pero...

—Lo dejarás, Coretta. No puedo permitir que te vendas a los hombres por necesidad. Te ayudaré a solucionar tus problemas económicos de una forma más digna.

La negra se abrazó a ella.

—Eres una chica estupenda, Donna —dijo, con lágrimas en los ojos.

La rubia la abrazó a su vez.

—Lo conseguiremos, ya lo verás.

Coretta iba a decir algo, pero descubrió que Mike Lamb se estaba incorporando con una expresión que ponía los pelos de punta y se separó bruscamente de su amiga, exclamando:

—¡Lamb se está levantando, Donna!

Esta se volvió en el acto.

—No temas, Coretta. Yo me encargo de él.

—Ten cuidado, por Dios. Es un tipo muy peligroso —advirtió la negra.

—Lo sé. Tú no te muevas de aquí —pidió Donna, y fue hacia el individuo.

Mike Lamb la desintegró con los ojos.

—Me las vas a pagar, rubia —dijo, con voz ronca, la mano izquierda entre los muslos, porque el dolor persistía en esa zona, aunque ya no era tan agudo.

Donna se detuvo a un par de metros de él y se puso las manos en las caderas, sin denotar temor alguno.

—¿Es que no ha tenido suficiente, Lamb?

—De mí no se ríe ninguna mujer.

—Le golpeé porque me había dado una bofetada y se disponía a soltarme un revés. Tenía que defenderme. Y ya vio que sé hacerlo, así que le aconsejo que se largue y se olvide de Coretta. Si es usted un negrero o un asesino, ya se encargarán los del FBI de demostrarlo.

—Tú no vivirás para verlo, rubia —masculló Lamb, al tiempo que sacaba una navaja de resorte del bolsillo trasero del pantalón y la accionaba, haciendo brotar la reluciente hoja de acero.

* * *

De no haber sido negra, Coretta Birney se hubiera quedado blanca,

porque se asustó muchísimo cuando vio que Mike Lamb empuñaba una navaja y amenazaba de muerte a Donna Ingels.

—Oh, Dios, no... —gimió, sin apenas voz.

Donna también se asustó, aunque no se le notó, pues supo mantenerse fría y serena. Retiró las manos de sus caderas y dijo:

—Guarde eso, Lamb.

—Cuando te haya rajado el vientre, rubia.

—¿Tanto miedo me tiene, que necesita una navaja para atacarme...?

—Yo no te tengo ningún miedo... Si he sacado la navaja, es porque quiero matarte.

—Entonces, es verdad que es usted un asesino.

—Lo vas a comprobar enseguida —respondió el tipo, dando un salto hacia adelante.

La navaja buscó el vientre de Donna, pero ésta saltó también, hacia atrás, y no resultó herida.

Coretta dio un grito de terror.

Mike Lamb esbozó una fría sonrisa tras su fallido navajazo.

—Eres muy ágil, rubia.

—Y usted muy cobarde, Lamb —replicó Donna—. Se ampara en esa navaja porque sabe que sin ella estaría perdido. Le daría una buena paliza y lo pondría de nuevo en ridículo.

El tipo se enfureció.

—¡Cierra el pico, zorra! —rugió, y la atacó nuevamente con la navaja, estirando aún más el brazo que antes.

Donna volvió a saltar hacia atrás, pero, aunque lo hizo con mucha rapidez, no pudo evitar que el extremo de la navaja le rajara la negra blusa de tirantes.

Coretta chilló de nuevo.

—¡Donna...!

—Tranquilízate, Coretta. La navaja no me ha tocado la piel —aseguró su valiente amiga.

—La tocara la próxima vez —masculló Lamb—, ¿Quieres apostarte algo, rubia...?

—Le aconsejo que se ande con cuidado, Lamb, o seré yo quien acabe rajándole a usted las tripas con su propia navaja —respondió Donna, demostrando un aplomo envidiable.

Coretta decidió echarle una mano a su amiga y atrapó el jarrón que descansaba sobre la mesa del living, arrojándoselo seguidamente a Mike Lamb.

Iba directo a su cabeza, pero el tipo descubrió a tiempo el lanzamiento y se encogió con rapidez, esquivando el jarrón, que se estrelló contra la pared y se hizo añicos.

—¡Tú también me las pagarás, perra! —ladró Lamb.

Coretta se estremeció de pies a cabeza.

Donna quiso aprovechar la momentánea distracción de Mike Lamb para atizarle una patada en la mano y desarmarle, pero el tipo la vio y saltó hacia atrás.

—¿Sabes qué es lo único que has conseguido con eso, rubia? —sonrió burlonamente Lamb—. Mostrarme tus excitantes braguitas.

—¡Cerdo!

—Vamos, levanta otra vez la pierna. Tienes unos muslos preciosos.

Donna, furiosa, atrapó una silla y se la arrojó al tipo.

Lamb no pudo esquivarla y cayó al suelo, dando un rugido, aunque no perdió la navaja.

—¡Víbora traidora! —relinchó, incorporándose con prontitud.

—¡Aquí te espero, puerco!

Lamb fue hacia ella y le soltó un furibundo navajazo al estómago, pero Donna supo esquivarlo desplazándose hacia su izquierda y, antes de que el tipo pudiera encoger de nuevo el brazo, le propinó un golpe a la altura del codo con el canto de su mano derecha.

Lamb dio un bramido y soltó la navaja, que rebotó en el suelo.

Intentó recogerla con su mano izquierda, porque el brazo derecho le dolía muchísimo, pero Donna le atizó una patada en el pecho y lo hizo caer de espaldas.

Un segundo después, la joven tenía la navaja del tipo en su mano derecha. Lo amenazó con ella y preguntó:

—¿Qué, me has visto otra vez las braguitas? Querías que levantara de nuevo la pierna y te he complacido, gusano.

Lamb intentó levantarse, pero Donna le atacó con la navaja y lo obligó a tocar de nuevo el suelo.

—Estás perdido, Lamb. No quisiste seguir mi consejo y ahora te tengo a mi merced. Tú sólo me rajaste la blusa, pero yo te voy a rajar a ti la garganta y dejaré que te desangres como un cerdo. Como lo que eres, Lamb.

El tipo tragó saliva con dificultad.

—Te propongo un trato, rubia.

—Yo no hago tratos con bichos como tú.

—Te conviene, créeme. Hay mucho dinero a ganar.

—¿Con la trata de negras...?

—Verás, yo... —carraspeó Lamb, cuya pierna derecha se disparó de pronto a ras del suelo como una cuchilla, golpeando las piernas de la rubia.

Donna dio un grito de sorpresa y cayó al suelo con violencia, lo que le hizo perder la navaja.

Lamb saltó inmediatamente sobre ella, recuperó la navaja, y le aplicó la hoja de acero en la garganta, exclamando:

—¡Despídete de este mundo, rubia!

Capítulo IX

BOB Rexton estacionó el Dodge frente al 498 de Selmer Street.

—Aquí es, Terry.

—Quizá la chica no esté en su apartamento, Bob —dijo Porter.

—Te apuesto a que sí.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Estaba muy asustada cuando salió del apartamento de Mike Lamb, así que no me la imagino realizando nuevas conquistas. Debió venir directamente a su casa, en busca de una bebida fuerte que le quitara el susto del cuerpo y de una ducha relajante.

Porter sonrió.

—Puede que tengas razón.

—Verás cómo sí. Anda, vamos.

Descendieron los dos del coche, se introdujeron en el edificio, y subieron al apartamento de Coretta Birney utilizando el ascensor. Cuando salieron del artefacto mecánico, escucharon ruidos, por lo que cambiaron una mirada.

—¿Oyes eso, Terry?

—Sí, lo oigo.

—Parece que hay jaleo en ese apartamento.

—¿El 28-B?

—De ahí salen los ruidos. Y es el apartamento de Coretta.

Terry Porter dio un respingo.

—¿El de la negrita...?

—Sí.

—¿Se nos habrá adelantado Lamb...?

—Eso parece. Vamos, Terry —dijo Rexton, empuñando su arma.

Porter hizo lo propio.

Alcanzaron el apartamento 28-B, Rexton pegó la oreja a la puerta, y oyó la voz de Mike Lamb.

—¡Es él! —exclamó.

—¡Maldito! —barbotó Porter.

—¡La puerta, Terry! ¡Rápido!

El rubio cargó con su poderoso hombro y la puerta se abrió en el acto. Porter irrumpió en el apartamento dando traspiés, porque llevaba

mucho impulso, y estuvo a punto de caerse.

Rexton entró tras él y apuntó a Mike Lamb, quien justo en ese momento se disponía a rajarle la garganta a Donna Ingels con su navaja.

—¡Suelta esa navaja, Lamb! —ordenó.

El tipo no retiró el arma del cuello de la chica.

Porter le encañonó también con su 38 especial.

—¡Vamos, arrójala!

Mike Lamb, consciente de que si obedecía estaba perdido, mantuvo la navaja pegada a la garganta femenina y ladró:

—¡Dejad de apuntarme o me cargo a la chica!

Rexton y Porter vacilaron.

—¡Arrojad las pistolas o la mato, os lo juro! —gritó el tipo.

A Coretta Birney se le escapó un gemido de angustia.

Donna Ingels tenía los ojos muy abiertos y le temblaban los labios, faltos de color, porque se sabía a un paso de la muerte. La navaja de Mike Lamb estaba tan pegada a su garganta, que ella nada podía hacer por escapar de aquella situación.

En realidad, sería cadáver ya de no haber irrumpido tan oportunamente la pareja de agentes del FBI, porque eso era lo que había frenado a Lamb en el último instante.

Su vida, ahora, dependía de lo que hicieran los federales.

¿Arrojarían sus armas...?

¿Dispararían sobre Lamb...?

Si disparaban, el tipo tendría tiempo de rajarle el cuello antes de morir.

Así lo comprendieron Rexton y Porter, por lo que optaron por tirar sus pistolas. Tenían que salvar a la chica rubia. Y, además, no podían acabar con el canalla de Lamb, porque lo necesitaban con vida para que confesase todo lo relacionado con la desaparición de hombres y mujeres de raza negra.

Rexton fue el primero en arrojar su arma, procurando que no quedara cerca de Mike Lamb. Y lo mismo hizo Porter, quien no olvidaba que su compañero llevaba la Super-Star de Lamb en el bolsillo izquierdo de su chaqueta.

Tampoco Rexton lo había olvidado, claro.

La pistola de Lamb podía serle muy útil.

El tipo se sintió mucho mejor cuando vio que los agentes del FBI le obedecían. Evidentemente, tenía la sartén por el mango e iba a sacar el máximo provecho de ello.

Donna Ingels también se sintió un poco mejor al ver que la pareja de agentes federales arrojaban sus armas, porque significaba que, de momento, ella iba a seguir viviendo.

¿Por mucho tiempo...?

Era lo que se preguntaba, consciente de que su situación seguía siendo crítica. La navaja de Mike Lamb continuaba pegada a su garganta y eso le impedía mover un solo dedo.

El tipo, fríamente, indicó:

—Ponte en pie, rubia. Y como intentes algo, te rebano la nuez.

Donna se estremeció perceptiblemente, pero obedeció.

Prefería estar de pie que tumbada en el suelo, con Lamb encima de ella. Quizá así tuviera alguna oportunidad de sorprender al tipo. Y si se le presentaba, trataría de aprovecharla, a pesar de la seria amenaza de Lamb.

Y es que la joven parecía adivinar las intenciones de Mike Lamb.

Quería hacerse con una de las pistolas de los agentes del FBI, disparar sobre ellos, y asesinarlos a los dos. Y, una vez eliminados los federales, le rajaría tranquilamente la garganta a ella.

Bob Rexton y Terry Porter pensaban lo mismo, por lo que se hallaban tensos los dos como cuerdas de violín, esperando el momento de intervenir sin riesgo para la muchacha rubia.

Coretta Birney se hallaba tan tensa como ellos y contenía hasta el aliento. Sabía que tanto Donna Ingels como los agentes del FBI podían morir y no quería que eso sucediera. Entre otras razones, porque luego ella quedaría a merced del gusano de Lamb y éste, después de maltratarla, la vendería como una mercancía y ella desaparecería también sin dejar el menor rastro.

Donna se había levantado ya y tenía a Mike Lamb a su espalda, rodeándole la cintura con su brazo izquierdo y presionándole la garganta con su navaja.

Bob Rexton, con el único fin de distraer al tipo, preguntó:

—¿Quién es esa chica, Lamb?

—Se llama Donna y es amiga de Coretta.

—¿Por qué querías matarla?

—Me golpeó y me insultó. Y va a pagarlo con la vida.

—¿No prefieres venderla, como a las chicas de color...? Es joven, bonita y bien formada. Te darían bastante por ella.

Lamb desgranó una risita.

—Sí, la chica está muy bien de todo. Largas y torneadas piernas, curvadas caderas, delgada cintura, pechos firmes... —su mano ascendió hacia el busto femenino y oprimió el seno derecho por encima de la negra blusa de tirantes.

Donna Ingels sintió una oleada de furia.

—¡Quita tu sucia mano de ahí, cerdo!

—Mi mano hará lo que a mí me apetezca, rubia, y tú te estarás

calladita o mi navaja penetrará en tu garganta y hará brotar un torrente de sangre.

—¡Canalla!

Lamb subió su mano un poco más y la metió por el escote de la blusa, aferrando el seno derecho de la chica al natural, sin tejido de por medio.

—Qué cálido y qué suave...

Donna no fue capaz de contenerse y disparó el codo hacia atrás, incrustádoselo en el hígado al tipo, quien dio un aullido de dolor y se encogió en el acto, retirando muy a pesar suyo la navaja del cuello femenino.

Capítulo X

DONNA Ingels se apartó velozmente de Mike Lamb, antes de que éste la sujetara y le pusiera de nuevo la navaja en la garganta.

—¡A él, agentes! —dijo, mientras saltaba hacia adelante.

—¡Déjame a mí, Terry! —pidió Bob Rexton—. ¡Tú encárgate de recuperar las armas!

—¡De acuerdo! —respondió Porter.

Mike Lamb vio que Bob Rexton se le echaba encima y, a pesar del dolor que sentía en el hígado, intentó asestarle un navajazo en el estómago, pero el agente del FBI disparó la pierna y le golpeó en la mano, haciendo saltar la navaja por los aires.

Lamb no tuvo tiempo de recuperarla, porque el puño derecho de Rexton se estrelló en su cara y lo hizo retroceder, trastabillando, aunque no llegó a caer al suelo.

El agente federal no le concedió tregua. Se plantó ante él y le hundió el puño izquierdo en el estómago, obligándolo a encogerse, pero Lamb sólo estuvo un segundo así, porque Rexton ensayó su gancho de derecha, que era realmente magnífico, y enderezó al tipo.

Lamb, sacando fuerzas de flaqueza, quiso golpear al agente, pero el puño zurdo de éste entró nuevamente en acción y percutió en su rostro con dureza.

Rexton le castiga nuevamente el estómago, ahora con la derecha, y cuando Lamb se encogió, agarrándose las tripas, le soltó un rodillazo en la cara y lo mandó al suelo.

Lamb gimoteó de dolor, pero no se levantó.

No podía hacerlo.

Rexton comprendió que la pelea había terminado y extrajo la Super-Star del tipo, apuntándole con ella.

—Debería acabar contigo ahora mismo, rata asquerosa —masculló.

—Le harías un favor al mundo, Bob —dijo Porter, que ya había recogido su arma y la de su compañero.

—Seguro.

—Toma, Bob.

Rexton cogió la 38 especial que le tendía el rubio y la devolvió a la funda que llevaba acoplada al cinturón, pero siguió empuñando la Super-Star de Lamb.

—Vigila a esta cucaracha, Terry. Y si se mueve, aplástala.

—Lo haré con mucho gusto —aseguró Porter.

Rexton se acercó a Coretta y Donna.

La rubia se había reunido con su amiga y ésta se había abrazado a ella, temblorosa por todo lo que había sucedido en su apartamento.

Rexton guardó la pistola de Lamb y preguntó:

—¿Estáis las dos bien?

Las chicas se separaron.

—Estamos perfectamente, agente —respondió Donna.

—¿Y eso...? —Rexton señaló el corte que presentaba la blusa de la rubia a la altura del estómago.

—Un navajazo de Lamb, pero no llegó a tocarme la piel.

—¿Estás segura?

Donna se levantó la blusa y mostró su estómago.

—Ni un rasguño, agente.

Rexton sonrió ligeramente.

—Eres una chica valiente, Donna. Tu codazo al hígado de Lamb, resultó tan eficaz como oportuno.

—Su llegada sí que fue oportuna, porque Lamb estaba a punto de rajarme la garganta con su navaja —repuso Donna—. Les debo la vida a los dos.

—Yo también les debo algo, agente —dijo Coretta—, Es la segunda vez que me libran de Mike Lamb.

—Sí, fue una suerte que decidiéramos hacerte una visita.

—¿Por qué vinieron, agente? ¿Querían hacerme más preguntas...?

—No, sólo advertirte que Lamb nos la había jugado y estaba en libertad. Adivinamos que vendría por ti, para seguir adelante con su plan.

—¿Venderme...?

—Exacto.

—Ese tipo es peor que una serpiente venenosa —rezongó Donna.

—¿Estabas con Coretta cuando Lamb llegó? —preguntó Rexton.

—Sí, llevaba unos minutos con ella. Coretta me había contado lo sucedido en el apartamento del tipo. Lamb me abofeteó y yo me cobré el golpe con intereses. Fue entonces cuando sacó la navaja. Intentó matarme, pero conseguí desarmarle y le amenacé con su propia navaja. Lo tenía en el suelo, a mi merced, pero logró sorprenderme y me derribó. Un segundo después, lo tenía encima de mí. Me aplicó la navaja a la garganta y... Bueno, pensé que había llegado mi hora, agente.

—Tú eres demasiado joven para morir, Donna. Y demasiado bonita.

—Se agradece el piropo —sonrió la rubia, halagada.

Coretta intervino:

—Ella no acepta dinero de los hombres, agente.

—¿Cómo?

Donna tosió.

—Cállate, Coretta.

—No quiero que los agentes te tomen por lo que no eres, Donna. Como somos amigas, deben pensar que también tú...

Rexton carraspeó.

—Nosotros no habíamos pensado nada, palabra.

—Pues Lamb sí lo pensó. Y ofendió a Donna.

—Vaya.

—Donna es una chica estupenda, agente. Ignoraba que yo me vendía, desde hace algunos meses, obligada por las circunstancias. Lo ha sabido hoy y ha prometido ayudarme para que no tenga que acostarme nunca más con un hombre por dinero.

—Eso es muy de agradecer —opinó Rexton.

—¿Por qué se lo has contado? —preguntó Donna.

—Quería que lo supiera —respondió Coretta—. Salta a la vista que le gustas y...

—¡Coretta! —exclamó la rubia, sellando la boca de su amiga con su mano.

Rexton rió.

—Déjala hablar, Donna.

—No, que está diciendo muchas tonterías.

Coretta consiguió arrancar de su boca la mano de su amiga y preguntó:

—¿A que le gusta Donna, agente?

—Mucho—confesó Rexton.

—¿Lo ves, tonta?

Donna, que se había ruborizado visiblemente, advirtió:

—Te voy a tirar del pelo como no te calles, Coretta.

La negra, ignorando la amenaza de su amiga, miró a Rexton y sugirió:

—Saldrá con Donna alguna noche, ¿verdad?

—Si ella acepta, yo encantado —respondió el agente.

—¿Aceptaras, Donna...?

La rubia le echó las manos al cuello y simuló que apretaba.

—¡Te voy a estrangular!

Coretta se echó a reír, siendo imitada por Bob Rexton.

Terry Porter, que estaba al tanto de lo que hablaban sus compañeros y las chicas, aunque sin perder de vista a Mike Lamb, rió también y dijo:

—No te cargues a Coretta, Donna, o no podré invitarla a cenar una de estas noches.

Las dos volvieron inmediatamente los ojos hacia él.

—¿Habla en serio, agente...? —preguntó Coretta.

—Naturalmente —asintió Porter.

—¡Aceptaré encantada!

Rexton, por lo bajo, informó:

—Terry quedó prendado de ti en cuanto te vio, Coretta.

—¿De veras?

—Sí, le causaste una gran impresión.

—La verdad es que a mí también me gusta —confesó Coretta.

Porter, como ahora no podía oír lo que hablaban, exclamó:

—¡Eh!, ¿qué murmuráis de mí...?

Rexton se volvió hacia él.

—Le estaba diciendo a Coretta lo peligroso que eres con las mujeres, Terry.

—¡Vete al diablo Bob!

Rexton rió, al igual que Coretta y Donna.

Después, el agente dijo:

—Seguiremos hablando de esto cuando hayamos solucionado el caso que llevamos entre manos, preciosas. Y si conseguimos que Lamb confiese, lo solucionaremos pronto.

—Es lo que nosotras deseamos —respondió Donna:

—Voy a interrogarle.

Rexton regresó junto a su compañero y observó a Mike Lamb, que parecía bastante recuperado de los golpes recibidos. Había sangrado por la nariz y por la boca, como consecuencia del rodillazo que lo mandara al suelo, y su cara ofrecía un aspecto realmente desagradable.

—Bien. Lamb. Nos engañaste en tu apartamento, aunque sólo a medias, porque seguimos sospechando de ti. Prueba de ello es que te esperamos en la calle y te seguimos cuando saliste minutos después. Tú, que tampoco eres tonto, ya contabas con ello avisaste a tus compinches para que nos prepararan un buen recibimiento. Nos llevaste una trampa mortal, pero mira por dónde fueron tus compañeros los que perdieron la vida. Tú te escabulliste por la puerta trasera del almacén, pero te hemos atrapado de nuevo y esta vez cantarás de plano, porque ya no puedes negar que estás metido hasta las cejas en el asunto de la desaparición de hombres y mujeres de color.

Coretta y Donna cambiaron una mirada.

—¿Hombres también...? —murmuró la rubia.

—Eso parece —respondió la negra, tan sorprendida como su amiga.

Mike Lamb fulminó con los ojos a Bob Rexton, pero se mantuvo callado.

—¿Te niegas a hablar, Lamb?

—No tengo nada que decir —masculló el tipo.

—Conque no, ¿eh?

Lamb guardó de nuevo silencio.

Rexton localizó la navaja del tipo y la recogió del suelo. Después, se la mostró significativamente y aseguró:

—Nos vas a decir hasta la marca de la leche que empleaba tu madre para prepararte el biberón, Lamb.

Capítulo XI

MIKE Lamb sintió un ramalazo de frío, pero no despegó los labios.

Bob Rexton se aproximó lentamente a él, lo agarró del pelo con su mano izquierda, y le obligó a levantar mucho la cabeza. Después, le acercó la navaja al gaznate y dijo:

—Te degollaré como a un cerdo si no lo confiesas todo, Lamb.

—No te atreverás —murmuró el tipo, con voz trémula.

—¿Por qué no?

—Eres un policía. Y los policías no pueden degollar a los hombres que detienen.

—Para empezar, tú no eres un hombre, sino un mal bicho. En cuanto a lo otro, estoy seguro de que Coretta y Donna no tendrían inconveniente en atestiguar que te liquidé en defensa propia. ¿Me equivoco, chicas...?

—Cuente con mi testimonio, Bob —respondió Donna, sin dudar.

—Y con el mío —dijo al instante Coretta.

—¿Lo has oído, Lamb? Puedo rebanarte la nuez tranquilamente. Y te juro que lo haré si no empiezas a largar por esa boca de puerco que tienes.

Mike Lamb volvió a sentir frío, pero siguió resistiéndose a hablar.

Terry Porter, para acabar de aterrorizarle, apremió:

—Suéltale ya el primer tajo, Bob.

—Necesitamos un cubo, Terry.

—¿Para qué?

—Para la sangre. Le va a salir a chorros.

—Yo lo traeré —dijo Donna.

Lamb, que acababa de tener un fallo cardíaco, no pudo resistir más y gritó:

—¡No hace falta ningún cubo! ¡Hablaré!

—Adelante, Lamb.

—Aparta primero la navaja de mi cuello —pidió el tipo.

—No, va a seguir donde está. Y como algo de lo que digas me huela a mentira, sentirás correr la sangre por tu garganta.

—¡Maldito!

—¿Qué ha pasado con los hombres y mujeres de raza negra

desaparecidos? —interrogó Rexton.

—Han sido vendidos.

—¿A quién?

—El tipo que los compra se llama Charles Wellman y es médico.

—¿Un médico...?

—Sí.

—¿Y para qué los quiere?

—Hace experimentos con ellos.

Coretta Birney tuvo un estremecimiento.

—Experimentos... —musitó.

—Qué horror —dijo Donna Ingels, igualmente estremecida.

Terry Porter intervino en el interrogatorio:

—¿Qué clase de experimentos, Lamb?

—No lo sé.

—¿Seguro?

—Sí, estoy diciendo la verdad. Todo lo que sé es que ese doctor Wellman necesita hombres y mujeres de raza negra, jóvenes y sanos, para experimentar con ellos. Los paga muy bien, así que no hacemos preguntas.

Bob Rexton tomó la palabra de nuevo:

—¿Cuántos le habéis vendido?

—Veinte, exactamente. Diez hombres y diez mujeres.

—¿Tantos...?

—Pues necesita más.

—¿Ah, sí?

—Esta noche teníamos que hacerle entrega de una nueva remesa.

—¿Cuántos?

—Ocho ejemplares. Cuatro varones y cuatro hembras. Coretta hubiera completado la remesa, puesto que ya teníamos a los cuatro hombres y a tres mujeres.

Rexton apretó los dientes.

—¿Dónde los tenéis?

—Encerrados en un sótano, cerca del almacén donde os tendimos la trampa.

—¿Cuántos hombres los vigilan?

—En este momento, ninguno.

—No te creo.

—Pues es la verdad. Los vigilaban Aldrich, Cort. Evigan y Lorimer, los cuatro tipos que os dispararon en el almacén, pero como ahora están muertos...

—Nos vas a llevar allí, Lamb.

—De acuerdo.

—Y después, nos llevarás a casa del doctor Wellman.

—Bien.

—¿Dónde vive?

—En las afueras de la ciudad. Es una casa grande, antigua, y solitaria.

—¿Quién vive con él?

—Su ayudante, un tal Jerold. No conozco su apellido.

—Ponle las esposas. Terry —indicó Rexton, sin retirar la navaja de la garganta de Lamb.

Porter, que apuntaba al tipo con su 38 especial, tomó el par de esposas que llevaba enganchadas al cinturón y se acercó.

—Las manos atrás. Lamb —ordenó Rexton.

El tipo obedeció y Porter le colocó las esposas.

Rexton le soltó el pelo y apartó la navaja.

—Encárgate de él, Terry.

—Con mucho gusto.

Rexton escondió la hoja de la navaja y se guardó el arma en el bolsillo derecho de la chaqueta, mientras se acercaba a Donna Ingels y Coretta Birney.

—Nos vamos, preciosas. Pero nos volveremos a ver pronto. En cuanto liberemos a esos hombres y mujeres de color, y pongamos a buen recaudo al doctor Wellman y su ayudante, junto con el cerdo de Lamb, nuestra misión habrá terminado y podremos dedicarnos algún tiempo.

Coretta se mordió los labios.

—Algunos habrán muerto, Bob...

—Es posible. Son muchos para mantenerlos a todos con vida, pero salvaremos a los que sigan vivos, y el doctor Wellman y su ayudante pagarán por los que hayan muerto. Sean de la raza que sean. Y tampoco se pueden comprar. La época de los esclavos ya pasó, así que ése es otro delito del que tendrá que responder el doctor Wellman.

—Ese médico debe estar un poco loco —opinó Donna.

—Seguro que sí.

—Suerte, Bob.

—¿Por qué no me la deseas con un beso? —sugirió el agente.

—No puedo negarme —sonrió Donna, y besó en los labios al federal.

Fue un beso cálido y suave, pero Rexton pasó su brazo derecho por la cintura de la chica y la apretó contra sí, devolviéndole seguidamente el beso con pasión.

Donna no protestó.

Es más, agradeció la vehemencia del agente del FBI, porque venía a demostrar que ella le gustaba de verdad.

Tras el beso, Rexton carraspeó y dijo:

—Perdona si me he empleado con demasiado ardor, pero es que...

—No te disculpes, Bob. Me ha gustado tu forma de besar — confesó Donna.

—¿De veras?

—Sí, mucho.

Coretta Birney miró a Terry Porter.

—Suerte, Terry.

—¡Hazte cargo de Lamb, Bob! —pidió el rubio—. ¡Yo también quiero que Coretta me la desee con un beso!

Rexton rió y se encargó de la vigilancia de Lamb, para que su compañero pudiera despedirse de la deseable negrita.

Porter, en efecto, abrazó y besó con ganas a Coretta, comprobando que ella correspondía con el mismo ardor. Cuando separaron sus bocas, el agente dijo: —Tú y yo vamos a ser muy buenos amigos, Coretta.

—Me encantaría que así fuera, Terry.

—Lo será, ya lo verás.

—¿No te importa que yo...?

—Te oí decir que aceptaste dinero de los hombres obligada por las circunstancias. Y que tu deseo es no volver a hacerlo nunca más.

—Así es, Terry.

—Eso es lo único que me importa, Coretta.

La morenita se emocionó.

—Terry...

El agente le acarició el rostro y prometió:

—Volveremos por aquí en cuanto podamos.

—Sí, por favor.

Porter se despidió de ella y de Donna, y se reunió con Rexton, haciéndose cargo nuevamente de Mike Lamb.

Rexton se despidió también de las chicas con el gesto y él y su compañero abandonaron el apartamento de Coretta Birney, llevándose al esposado Lamb.

Ya en la calle, se introdujeron en el Dodge.

En esta ocasión, Porter ocupó el asiento trasero, para poder vigilar de cerca a Lamb. Rexton puso el coche en marcha y lo dirigió hacia el lugar en donde, según Lamb, estaba el sótano en el que se hallaban encerrados y sin vigilancia los cuatro hombres y las tres mujeres de color.

Pero el zorro de Lamb había mentido.

Los negros no estaban sin vigilancia.

Dos hombres los custodiaban, armados con pistolas automáticas.

Y en ellos confiaba Lamb, para librarse de la pareja de agentes del FBI.

¿Serían capaces de sorprender y liquidar a los federales...?
Dentro de unos minutos se sabría.

Capítulo XII

CUANDO ya estaban cerca del almacén en donde tuviera lugar el tiroteo con los compañeros de Mike Lamb, Bob Rexton preguntó:

—¿Dónde está exactamente ese sótano, Lamb?

—Un poco más adelante —respondió el tipo—. Cuando lleguemos, te lo indicaré.

Terry Porter le presionó el costado con el cañón de su arma.

—Sin trucos, ¿eh, Lamb?

—No temáis. He perdido la partida y soy el primero en reconocerlo.

—Así es, por desgracia para ti.

El Dodge siguió avanzando, conducido por Rexton.

El almacén había quedado atrás.

De pronto, Lamb indicó:

—Ahí es, en esa casa de aspecto tan triste.

Como la casa estaba muy cerca, a quince metros escasos, Bob Rexton frenó inmediatamente el Dodge.

Lamb maldijo para sus adentros.

—¿Por qué paras aquí?

—Puede ser peligroso acercarse más.

—Ya os he dicho que nadie vigila a los negros.

—No nos fiamos de ti, Lamb.

—Ni un pelo —añadió Porter.

Mike Lamb los llamó hijos de perra a los dos, pero con el pensamiento. Si lo hacía de palabra, Terry Porter le aplastaría las narices de un puñetazo y no quería recibir más golpes.

Había recibido ya demasiados.

Rexton empuñó su 38 e indicó:

—Salgamos, Terry.

El rubio empujó a Lamb.

—Abajo, basura —rezongó.

Lamb salió del vehículo, con Porter prácticamente pegado a su espalda. Rexton había descendido ya y observaba la casa en cuyo sótano, según Lamb, permanecían encerrados los negros que debían ser vendidos al doctor Wellman para que éste experimentara con ellos.

No se veía ninguna luz en la casa, lo que parecía apoyar la mentira

de Lamb, pero los agentes del FBI no se confiaron por ello y se aproximaron con cautela.

Porter tenía agarrado a Lamb por el brazo derecho, para que no pudiera apartarse de ellos.

—No quiero oírte ni respirar, ¿eh, Lamb? —dijo, en tono bajo.

—Pues me están entrando ganas de estornudar... —mintió el tipo, que deseaba hacer algún ruido para alertar a los dos hombres que custodiaban a los negros.

Porter le puso el cañón de su arma justo debajo de la nariz,

—¿Decías, Lamb...?

—Nada, olvídalo.

—Como estornudes, te vuelo la napia.

—Se me han ido las ganas, te lo juro.

—Bien —sonrió el rubio, y retiró la pistola de la nariz del tipo.

Estaban a punto de alcanzar la casa.

De repente, Lamb vio una lata vacía en el suelo y los ojos le brillaron de alegría. Le daría un puntapié, simulando tropezar con ella, y la lata armaría un buen ruido.

Se disponía ya a hacerlo, cuando oyó decir a Porter:

—Despídete del dedo gordo de tu pie, Lamb.

Este se estremeció.

—¿Por qué?

—Te lo volaré si pateas esa lata vacía.

Lamb lo insultó con el pensamiento.

—No la había visto —dijo, para disimular.

—¿De veras?

—Te doy mi palabra.

—Entonces, dame las gracias por haberte advertido. Si llegas a tropezar involuntariamente con ella, te hubieras quedado sin dedo gordo.

—Qué bestia eres.

Bob Rexton se volvió.

—Silencio, Lamb —ordenó.

—Ya lo has oído —murmuró Porter—, Echa la cremallera o tendré que sacudirte.

Lamb se calló.

Estaban ya frente a la casa.

La puerta, lógicamente, permanecía cerrada.

Rexton, según su costumbre, pegó el oído a ella y lo mantuvo así alrededor de un minuto. Después, retiró la oreja y dijo en voz baja:

—No se oye nada.

Lamb se alegró y murmuró:

—¿Qué esperabas oír, si no hay nadie en la casa? Sólo los negros, encerrados en el sótano. Y aunque se desgañiten gritando, no se les puede oír desde la calle.

—Entremos, Bob —dijo Porter—. Pero llevaremos a Lamb por delante, por si las moscas.

—Buena idea —aprobó Rexton.

La alegría de Mike Lamb se esfumó, porque si los agentes del FBI lo utilizaban como escudo protector, los dos hombres que se hallaban en la casa no podrían disparar contra ellos.

Y, si lo hacían, lo más seguro es que casi todas las balas las recibiera él en su cuerpo.

Lamb se puso muy nervioso, y no supo disimularlo.

—¿Qué te pasa, Lamb? —preguntó Rexton.

—Nada.

—Diría que te asusta lo de ir delante.

—En absoluto.

—Hay alguien en la casa, ¿verdad?

—Nadie.

—Sí, tienes a uno o dos de tus compañeros ahí dentro, vigilando a los negros, y temes que te alojen en el cuerpo algunas de las balas destinadas a nosotros.

Lamb lo maldijo con los ojos.

—Os repito que no hay nadie.

—Si es así, mejor para ti. Vamos, adentro.

Rexton abrió la puerta y Porter empujó a Lamb, obligándolo a entrar el primero en la casa.

Lamb, muy asustado, decidió arrojar al suelo en cuanto aparecieran sus compañeros.

Y aparecieron enseguida, esgrimiendo sus armas.

Lamb se echó al suelo en el acto, gritando:

—¡Acabad con ellos, muchachos!

Porter no pudo retenerlo, pese a llevarlo agarrado del brazo.

Los compañeros de Lamb abrieron fuego contra la pareja de agentes del FBI, pero éstos se dejaron caer velozmente al suelo y dispararon a su vez contra los tipos.

Los proyectiles enviados por los compinches de Mike Lamb pasaron silbando y agudamente por encima de los federales y se incrustaron en la puerta y en la pared.

Bob Rexton no desperdició ninguno de los tres plomos que su 38 especial escupió, alojándoselos todos en el cuerpo a uno de los individuos.

Terry Porter falló el primer disparo, por efectuarlo con demasiada

precipitación, pero acertó en los otros dos y le metió ambos proyectiles en el pecho al otro compañero de Lamb.

Los dos tipos se derrumbaron casi al mismo tiempo, entre aullidos de muerte, para desesperación de Mike Lamb, porque significaba que iba a seguir en manos de la pareja de agentes del FBI.

* * *

Bob Rexton y Terry Porter se incorporaron.

—¿Estás bien, Terry?

—Sí. ¿Y tú...?

—También.

—El bastardo de Lamb nos la jugó otra vez —masculló Porter—. ¡Maldito! —escupió, al tiempo que le atizaba un patadón en las costillas. El tipo aulló de dolor.

Porter le dio otra patada, ahora en los riñones, y le arrancó otro chillido.

—Déjalo, Terry —pidió Rexton.

—¡Se merece que lo hagamos picadillo!

—Lo sé, pero no vale la pena que deteriores tus zapatos. Por desgracia para él, su treta no ha dado resultado y sus dos compinches yacen ahora cadáveres.

Porter dejó de patear a Lamb, quien se retorció en el suelo de dolor.

—Levántalo —indicó Rexton—. Nos tiene que llevar al sótano.

El rubio lo agarró con brusquedad.

—¡Arriba, escoria!

—No puedo tenerme en pie... —aseguró Lamb, con cara de mártir.

—Cómo te caigas, te suelto una patada entre los muslos y te pongo por corbata lo que tú sabes.

Lamb apretó los muslos y se encogió de forma instintiva.

—Creo que no me caeré.

—¡Venga, llévanos al sótano! —ordenó Porter, empujándolo.

Lamb obedeció.

La puerta del sótano era baja, pero muy gruesa, y disponía de un cerrojo a prueba de coces de elefante. Rexton lo descorrió y abrió la pesada puerta, descubriendo la vieja escalera de caracol.

—Tú primero, Lamb —indicó.

El tipo, cruzó la entrada, encogido, y empezó a descender los peldaños, sujeto por Terry Porter, que iba pegado a él.

Bob Rexton bajó tras ellos.

Cuando llegaron al final de la escalera, descubrieron a los cuatro varones y las tres mujeres de color. Estaban todos atados de pies y

manos, y amordazados.

El miedo se reflejaba en los ojos de los siete.

Rexton sonrió e informó:

—Somos del FBI. Hemos venido a liberaros.

Capítulo XIII

SAM Austin, uno de los dos varones negros que le quedaban al doctor Wellman, ocupaba el cuarto-celda número 8. Tenía veintisiete años de edad, era bastante alto, y poseía unos músculos desarrollados.

Le habían quitado toda la ropa, excepto el slip, y le habían atado las manos a la espalda. Tan concienzudamente, que todos sus esfuerzos por vencer la resistencia de las ligaduras habían resultado estériles.

Eran más fuertes que él y había tenido que rendirse, resignándose a permanecer encerrado en aquella especie de estrecha celda hasta que decidieran sacarlo de ella.

Y ese momento había llegado ya, aunque él aún no lo sabía.

Era el siguiente en la lista de negros cautivos y el doctor Wellman tenía ya preparada una nueva dosis de la droga creada por él, por lo que le había ordenado a su fiel Jerold que se lo llevara al laboratorio, para inyectársela.

Jerold Duff, según su costumbre, aplicó los ojos a la mirilla y observó al cautivo antes de abrir la puerta. Como lo vio sentado en el jergón, rendido, abatido, abandonado a su suerte, sonrió y abrió la celda.

—Es tu turno. Sam.

—¿Mi turno de qué? —preguntó el negro, sin moverse.

—Vas a conocer al doctor Wellman.

—¿Quién es el doctor Wellman?

—El dueño de esta casa. Anda, sal de ahí. No debemos hacer esperar al doctor Wellman.

Sam Austin se levantó cansinamente del jergón y abandonó el cuarto-celda. Se alegró de hacerlo, aunque lo otro, lo de conocer al médico propietario de la casa, le dio muy mala espina.

Jerold lo agarró del brazo y lo llevó hacia el laboratorio.

Sam se dijo que debía intentar escapar ahora, antes de ser conducido a presencia del doctor Wellman, porque tal vez después no pudiera hacerlo.

Lo tenía difícil, muy difícil, porque no era tarea sencilla sorprender a un tiarrón como Jerold Duff con las manos atadas a la espalda, pero estaba dispuesto a intentarlo.

Lo primero que debía conseguir, era que el gigantón le soltara el brazo, para poder moverse con mayor libertad. Y, con el fin de lograrlo,

Sam le propinó un repentino y fuerte empujón al ayudante del doctor Wellman, estrellándolo contra la pared del corredor.

Jerold, en efecto, soltó el brazo del negro.

Sam esperaba que el gigantón cayera al suelo, lo que le hubiera permitido patearle la cabeza y tal vez dejarle inconsciente, pero no fue así.

Jerold, aunque trastabilló al chocar contra la pared, logró mantener el equilibrio.

—¡Maldito negro! —rugió, con fiero gesto.

Sam se encogió con rapidez y se lanzó contra el estómago del gigante, incrustándole la cabeza en él.

Jerold soltó un bramido de elefante, pero tampoco esta vez cayó al suelo. Sam se retiró inmediatamente y le soltó otro cabezazo, en esta ocasión en la cara.

El ayudante del doctor Wellman bramó de nuevo y se llevó ambas manos al rostro. Sam recurrió ahora a su rodilla derecha, elevándola con brusquedad y encajándola entre los muslos del gigantón.

Jerold lanzó un aullido ensordecedor y cayó de rodillas, con la mala fortuna para Sam de que se agarró a él y lo arrastró en su caída.

El negro trató de escabullirse lo antes posible, porque en el suelo, con las manos sujetas a la espalda, apenas podía defenderse. Sin embargo, Jerold no se lo permitió.

El gigantón estaba rabioso por el empujón, por el par de cabezazos, y por el rodillazo en el bajo vientre, así que la emprendió a golpes con Sam Austin.

Y qué golpes...

El negro tenía la sensación de que los puños del ayudante del doctor Wellman eran sendas mazas de aplanar carreteras.

Bastaron unos pocos para dejarlo sin conocimiento.

Jerold interrumpió el castigo y se irguió, maldiciendo entre dientes.

Después de llevarse una mano a lo que más le dolía, que no era el estómago ni la cara, cargó con Sam Austin y se lo echó al hombro, llevándolo así al laboratorio.

Charles Wellman se quedó mirando a su ayudante.

—¿Qué ha pasado, Jerold?

—Nada, doctor. Que el tipo ofreció resistencia y tuve que mostrarme duro con él. Sólo está inconsciente.

—Está bien. Colócalo sobre la mesa, Jerold.

El gigantón tendió a Sam Austin en la mesa de experimentos, le desató las manos, le quitó el slip, y sujetó el atlético cuerpo desnudo del negro con las sólidas correas.

El doctor Wellman se acercó con la jeringa en las manos, llena ya de

la verdosa y terrible sustancia.

—Reanímalo, Jerold. Quiero que esté despierto cuando le inyecte la droga.

—Bien, doctor.

Jerold palmeó las mejillas del negro hasta conseguir que éste volviera en sí.

—Ya está consciente, doctor.

—Perfecto —sonrió Wellman, y clavó la aguja hipodérmica en el brazo izquierdo del desgraciado.

Sam Austin dilató los ojos, aterrorizado de verse completamente desnudo y sujeto con correas a la mesa de experimentos, absolutamente indefenso.

—¿Qué es eso que me está inyectando? —exclamó, haciendo un par de gallos con la voz.

—Una droga que va a cambiar el color de tu piel, Sam —respondió Wellman, en tono suave—. Vas a convertirte en un hombre blanco.

—¿Que yo...?

—Te agrada la idea, ¿verdad? —sonrió el médico—. A todos les gusta, aunque al principio se asustan y ofrecen un poco de resistencia, lo cual es muy lógico.

Sam movió los labios, como si fuera a hablar, pero no le salió la voz. La sorpresa le había dejado mudo.

El doctor Wellman iba a añadir algo más, pero se interrumpió al ver entrar en su laboratorio a tres hombres, dos de ellos esgrimiendo sendas pistolas y el tercero esposado.

Eran, naturalmente. Bob Rexton, Terry Porter y Mike Lamb.

* * *

Bob Rexton vio que Charles Wellman le estaba inyectando algo al negro que permanecía sujeto a la mesa de experimentos sin ninguna ropa, y gritó:

—¡Retire inmediatamente esa jeringa, doctor Wellman!

—¿Quién lo ordena?

—¡El FBI!

Charles Wellman sintió un escalofrío y se apresuró a extraer la aguja hipodérmica del brazo de Sam Austin, aunque, para entonces, la mayor parte de la droga había penetrado ya en el organismo del negro, por desgracia para éste.

Jerold Duff se había vuelto hacia los agentes del FBI y descubrió a Mike Lamb, esposado y con el rostro lleno de golpes. Sintió deseos de atacar a los federales, pero el hecho de que ambos empuñaran sus armas

le frenó.

Lamb deseaba que el gigantón se lanzara sobre Rexton y Porter, pues era el único que podía librarle de ellos, pero comprendía que las armas de los agentes lo contuvieran.

Rexton y Porter se aproximaron, este último empujando a Lamb.

De repente. Sam Austin sufrió una violenta contracción y lanzó un grito terrible, porque la droga había empezado a abrasarle las entrañas.

Rexton. Porter y Lamb se quedaron parados, contemplando con ojos agrandados al infortunado negro, que sufrió nuevas contracciones y lanzó nuevos gritos desgarradores.

Todo el cuerpo comenzó a brillarle, a causa del sudor, y su boca no tardó en empezar a despedir una repelente espuma verdosa. También los ojos se le volvieron verdosos, así como las uñas de las manos y de los pies.

El espectáculo era horrendo, pero Mike Lamb se dijo que era el momento de intentar sorprender a los agentes del FBI y le propinó un tremendo empuellón a Terry Porter, al tiempo que gritaba:

—¡A ellos, Jerold!

El gigante se abalan/ó sobre Bob Rexton, quien, en vista de lo que se le venía encima, no dudó en apretar el gatillo un par de veces, incrustándole ambos plomos en el pecho al ayudante del doctor Wellman.

Dos impactos de una 38 especial podían detener y tumbar a cualquier hombre, pero, sorprendentemente, no fueron capaces de frenar y derribar al mastodonte de Jerold y éste arrolló al agente del FBI.

Terry Porter había caído también, derribado por el fuerte empuellón de Mike Lamb, pero seguía empuñando su arma, así que tampoco dudó en disparar sobre el gigantesco ayudante de Charles Wellman.

Era necesario hacerlo, porque Jerold había aferrado el cuello de Bob Rexton con sus manazas de gorila y se lo estaba triturando, para causarle la muerte.

Porter le disparó a la cabeza y se la destrozó literalmente, lo que permitió a Rexton librarse del gigantón, que cayó de lado, más muerto que su abuela.

Mike Lamb había echado a correr después de derribar a Terry Porter y estaba a punto de alcanzar la salida del laboratorio, pero el rubio le apuntó con su arma y ordenó:

—¡Detente, Lamb!

El tipo no obedeció y Porter se vio obligado a disparar, metiéndole un balazo en el muslo derecho.

Lamb aulló y se precipitó de bruces contra el suelo, donde quedó tendido, perdiendo mucha sangre por la herida.

Rexton y Porter se irguieron y miraron a Sam Austin.

El desgraciado ya no gritaba ni se agitaba sobre la mesa de experimentos. La droga asesina había acabado con él y era ya cadáver.

La víctima número dieciocho.

Afortunadamente, Sam Austin sería el último en morir en aquella siniestra mesa de experimentos.

El horrible genocidio había terminado.

EPILOGO

AQUELLA misma noche, Bob Rexton y Terry Porter volvieron al 498 de Selmer Street. Querían informar a Coretta Birney y Donna Ingels de todo lo sucedido.

Donna seguía en el apartamento de Coretta, a la que no había querido dejar sola. Habían hablado mucho las dos de la pareja de agentes del FBI y ambas confiaban en que Bob y Terry se reunieran con ellas aquella noche, aunque fuera tarde.

Por ello, se alegraron muchísimo cuando oyeron sonar el timbre.

—¡Ahí están, Coretta!

—¡Corramos a abrir, Donna!

Saltaron las dos del sofá y se lanzaron hacia la puerta.

En cuanto abrieron. Bob Rexton comunicó:

—Misión cumplida, preciosas.

—¡Contádnoslo todo! —pidió Donna.

—En cuanto nos pongamos cómodos —dijo Terry Porter.

—¡Pasad, muchachos! —rogó Coretta.

Bob y Terry penetraron en el apartamento y se sentaron en el sofá del living, aunque antes hicieron que se sentaran Donna y Coretta. Les vino un poco justo acomodarse los cuatro en el sofá, pero lo hicieron con gusto.

A continuación, los agentes informaron de todo a las chicas.

Donna y Coretta se horrorizaron al saber que dieciocho seres de color habían encontrado la muerte en la mesa de experimentos del doctor Wellman y que sólo dos, un hombre y una mujer, habían podido ser salvados por Bob y Terry, después de liberar a los siete seres que permanecían encerrados en el sótano de la casa que Mike Lamb y sus compinches utilizaban para ocultar a los negros que atrapaban y que luego vendían al loco de Charles Wellman.

—¡Ese médico es un asesino! —exclamó Coretta.

—Pagaré por sus crímenes —aseguró Rexton—. Y también Mike Lamb recibirá el castigo que se merece. Es tan responsable del genocidio como el propio doctor Wellman.

—Desde luego —asintió Donna.

—Convertir a los negros en blancos... —murmuró Coretta—, ¡Qué locura, Dios mío!

Porter le pasó el brazo por los hombros y le acarició el rostro con la otra mano.

—Tú no necesitas cambiar el color de tu piel, Coretta. Me gustas tal como eres.

A la morenita se le humedecieron los ojos.

—Bésame, Terry.

El agente la complació al instante.

Donna sonrió y miró a Bob Rexton.

—Yo no quiero ser menos que Coretta, Bob.

—No lo serás, descuida —sonrió también el agente del FBI, y la rodeó con sus brazos para, seguidamente, besarla en los labios con vehemencia, como a ella le gustaba.

FIN

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 024127

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA

